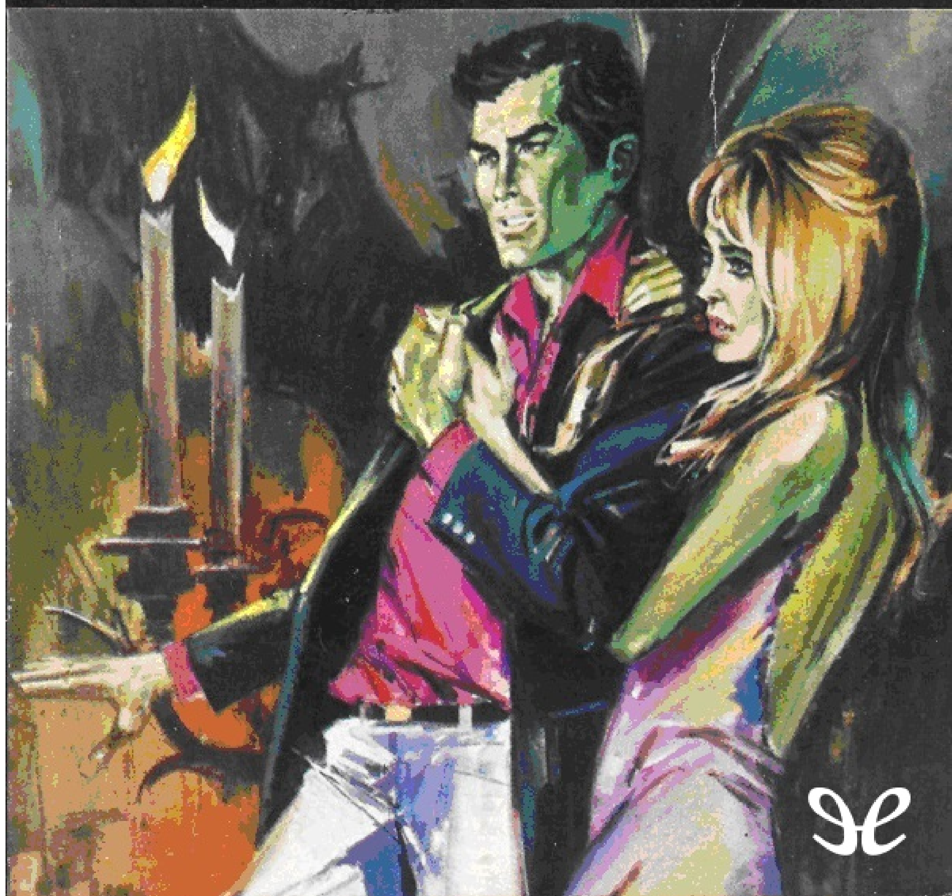
BOLSILIBROS
TERROR
SERIE
SELECCION TERROR

Selección
TERROR

EL ESCUDO DEL DIABLO

CLARK CARRADOS



Los ojos del individuo eran rojos, fosforescían como carbones encendidos, con leves oscilaciones en la intensidad de su luz. A Hossuth le pareció que eran los ojos del diablo, si éste adoptaba alguna vez figura humana.

Pero quizá eran los restos de champaña que aún quedaban en su cuerpo. El caso fue que Hossuth no se arredró por aquella mirada diabólica y continuó su avance.

El hombre soltó a la muchacha, como si quisiera repeler el ataque de que iba a ser objeto. De pronto, pareció pensárselo mejor, dio media vuelta y echó a correr, saltando de la acera para cruzar la calle.



Clark Carrados

El escudo del Diablo

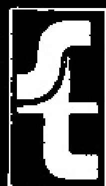
Bolsilibros: Selección Terror - 107

ePub r1.2
xico_weno 29.08.16

Título original: *El escudo del Diablo*
Clark Carrados, 1975
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION TERROR

Capítulo primero

De lo sucedido aquella noche, se dijo Victor Hossuth, mientras aguardaba bajo la lluvia el paso de algún taxi, no tenía él la menor culpa. Claramente empezaba a ver ahora que buena parte de lo que había pasado debía achacarse a su ingenuidad y buena fe. A pesar de que ya rozaba los treinta años, la distinguida dama cuya compañía acababa de dejar y que apenas si era uno o dos mayor que él, tenía, en ciertos asuntos, una experiencia infinitamente superior.

Se había sentido halagado desde el primer momento, cuando ella, que había asistido a una de sus conferencias, le citó en su residencia, al objeto de tratar de la concesión de una beca de estudios. Ella le había sido presentada por un amigo común al final de la conferencia. Tres días más tarde, recibía la llamada, que contenía también una invitación a cenar.

La cena había sido para dos. Luego habían quedado solos. Hossuth se había sentido atraído por el innegable encanto y la cálida belleza de la dama. Tal vez, se dijo, al besarla por primera vez, había pasado demasiado tiempo sumergido en sus estudios. Por supuesto, la resistencia que la dama había opuesto a sus avances no había pasado de un puro formulismo.

El caso era, se dijo Victor amargamente, que el estudio sobre la concesión de la beca había quedado aplazado para otro día. Victor dudaba mucho en acudir a una nueva entrevista con la dama; tenía la impresión de que, si ella concedía la aludida beca, lo haría en realidad como pago de unos servicios muy distintos.

A Hossuth no le gustaba desempeñar ciertos papeles, por muy agradables que pudieran parecer a primera vista. La frialdad de la noche y la abundante lluvia que caía habían refrescado su mente, harto alborotada por la cena, el champaña y una mujer hermosa.

Era ya tarde, muy tarde, y las calles de Viena aparecían absolutamente desiertas. El tiempo inclemente había disuelto la circulación rodada. Victor, que tenía su cochecito a reparar desde hacía dos días, se dijo amargamente que no tendría otro remedio que caminar a pie hasta su casa.

—Voy a llegar hecho una sopa y acabaré pescando una pulmonía —masculló—. ¡Vaya final de velada!

Echó a andar. De pronto, casi como si surgiera de la acera, que chisporroteaba bajo el impacto de miles de gruesas gotas de agua, vio a la muchacha.

Ella estaba a unos doce o quince pasos, cerca de un farol, envuelta en un impermeable, cuya capucha no ocultaba del todo sus rubios cabellos, y con las piernas protegidas por unas botas altas. Era bastante alta, observó Hossuth, y la apenas entrevista belleza de su rostro le hizo suponer que debía poseer una figura escultural.

El hombre apareció también súbitamente, más alto que la chica, casi un palmo, con la cabeza cubierta con un negro sombrero, de ala exageradamente ancha, y una especie de capa negra de gran vuelo, que le llegaba hasta las rodillas. La muchacha no se percató de su presencia, hasta que la enguantada mano del hombre asió uno de sus brazos.

Entonces, ella volvió la cabeza. Una expresión de vivo terror se dibujó en su hermoso rostro. Pero también había odio y hasta furia.

El hombre quiso tirar de ella. La muchacha se resistió, en silencio, sin alzar la voz un sólo momento. Hossuth miró a derecha e izquierda; no se veía un alma por la calle, salvo ellos tres, y mucho menos una patrulla de policía.

La chica clavó sus pies en el suelo. Para Hossuth resultaba obvio que no quería seguir al hombre. Hossuth decidió intervenir.

Avanzó unos cuantos pasos.

—¡Eh, usted, deje a la señora! —exclamó.

El hombre volvió su rostro. Hossuth se quedó parado.

Los ojos del individuo eran rojos, fosforescían como carbones encendidos, con leves oscilaciones en la intensidad de su luz. A Hossuth le pareció que eran los ojos del diablo, si éste adoptaba alguna vez figura humana.

Pero quizá eran los restos de champaña que aún quedaban en su cuerpo. El caso fue que Hossuth no se arredró por aquella mirada

diabólica y continuó su avance.

El hombre soltó a la muchacha, como si quisiera repeler el ataque de que iba a ser objeto. De pronto, pareció pensárselo mejor, dio media vuelta y echó a correr, saltando de la acera para cruzar la calle.

Entonces fue cuando llegó el automóvil a toda velocidad, barriendo con sus faros las miríadas de gotas de lluvia que caían de las alturas. El conductor vio alzarse repentinamente ante él a una inesperada figura humana y aplicó el freno.

Era ya tarde. El hombre de los ojos rojos voló por los aires, como un gran pájaro negro. Su capa revoloteó bajo la lluvia. Fue despedido a un lado y quedó tendido en el suelo, a cuatro o cinco pasos de la acera que acababa de abandonar.

Hossuth sintió que se le helaba la sangre en las venas. Un hombre había muerto por su culpa, pensó en el acto, mientras el conductor luchaba con el coche que zigzagueaba en la calle después del frenazo.

¿Y si el hombre tenía razón en querer llevarse a la muchacha consigo?, se preguntó Victor, acongojadamente. Podía tratarse de un policía, que se disponía a arrestar a una delincuente…

Sus ojos se fijaron con morbosa fascinación en el yaciente cuerpo que permanecía inmóvil bajo la lluvia, cuya intensidad pareció arreciar en aquel momento. De repente ocurrió algo extraño.

El cuerpo empezó a deslizarse hacia un desagüe próximo. Hossuth creyó ver como si la figura humana se hubiese aplanado de repente.

El agua arrastraba aquel cuerpo, convertido súbitamente en una delgada y flexible lámina negra. Ya no había facciones en su cara…, ni había cabeza ni ojos de color rojo. Todo era negro, absolutamente negro, y, aunque con algunos pliegues, plano, como un papel.

Aquella lámina fue arrastrada por el agua que corría junto al bordillo de la acera y por la que caía del cielo, y todo ocurrió en cinco o diez segundos. Antes de que el asombrado Hossuth pudiera reaccionar, el hombre de los ojos rojos había desaparecido por el desagüe.

Entonces, Hossuth volvió la cabeza.

La muchacha le diría algo, pensó. Pero ella ya no estaba.

Creyó verla correr a lo lejos. La lluvia, sin embargo, difuminaba los contornos de las cosas, aparte de que la hora y la luz no eran las mejores para ver con claridad. De pronto oyó pasos y se volvió.

El conductor se acercaba a la carrera.

—¡Oh, Dios mío, he atropellado a un hombre! —exclamó agitadamente—. Debe estar muerto…, pero yo no he tenido la culpa; él cruzó de repente, sin darme tiempo a frenar…

En aquel instante, Hossuth tuvo una inspiración.

—¿De dónde saca usted que ha atropellado a un hombre? —dijo, sonriendo—. Cierto que estuvo a punto de alcanzarme a mí, pero pude saltar a tiempo hacia atrás.

El conductor, pensó, no creería el inaudito suceso. Era mejor engañarle, sobre todo, teniendo en cuenta que debía llevar una copa de más en el cuerpo, a juzgar por su forma de manejar el automóvil.

—De… de modo que fue usted… —El conductor tartamudeaba —. Pues yo hubiera jurado… Pero no sabe cuánto me alegro; llegué a pensar que le había matado…

—La culpa fue mía —dijo Hossuth—. Inicié el cruce con toda imprudencia, sin mirar antes a derecha e izquierda. Váyase tranquilo, amigo.

En aquel momento, Hossuth divisó las luces de un taxi y se apresuró a hacerle señas para que se detuviese. Momentos después, se encontraba ya en el confortable interior del vehículo, en ruta hacia su casa.

Mientras, el conductor volvía a su coche. Profundamente pensativo, se inclinó para examinar el morro.

Si no había atropellado a nadie, ¿por qué había trozos de metal abollados y un faro roto?, se preguntó.

Hossuth se preguntaba también si lo sucedido había sido sueño o realidad. Aquel hombre, convertido de repente en una lámina negra, algo arrugada, deslizándose sobre el suelo mojado, como una mancha en el agua, hasta desaparecer por el imbornal…

Al cabo de unos días, acabó por creer que lo había soñado.

Lo único real había sido el exquisito champaña que le había ofrecido su bella anfitriona. Y los rojos labios que se le habían rendido apenas intentó el primer asalto.

* * *

Dos semanas más tarde, cuando Victor empezaba ya a olvidar el incidente, recibió dos cartas.

Ambas eran de mujeres, cosa que dedujo por la letra de los respectivos sobres, delicadamente perfumados. Y el hecho le extrañó notablemente, puesto que no estaba acostumbrado a tal género de correspondencia.

Abrió la primera carta y leyó:

> «Querido amigo: ¿Por qué te has portado tan ingratamente conmigo? En todo este tiempo no me has llamado ni una sola vez. Me gustaría continuar la conversación que iniciamos el otro día, sobre el tema que ya conoces. ¿Pasado mañana a las siete y media?
>
> »Atentamente,
>
> »L. W.».

Hossuth torció el gesto. No le gustaba convertirse en un capricho de la bella y casquivana Luisa Wagendorf, ni aunque de ello obtuviese los fondos suficientes para la conclusión de su doctorado.

Ya se lo pensaría, decidió al cabo. Y abrió la segunda carta, de un contenido tan desconcertante como inesperado:

> «Si el profesor Victor Hossuth desea continuar sus estudios sobre historia antigua de Hungría, me sentiré encantada de ofrecer a sus Investigaciones los numerosos volúmenes de la biblioteca de mi castillo de Zuwalath, en las inmediaciones de Kiittmannsburg. Si acepta la invitación, no será necesaria la contestación a esta carta; bastará con que se presente en el castillo el día y a la hora que más le acomoden.
>
> »Sinceramente,

»Leonora, condesa Witebska».

Si la carta ya era sorprendente en sí, todavía lo era más la posdata agregada al final:

> «Confío en que venga, profesor. Recuerde lo que sucedió hará un par de semanas, a las dos de la madrugada, en Simmeringer Hauptstrasse».

Una viva excitación se apoderó de Victor inmediatamente. De modo que aquella hermosa muchacha era un ser real. No había hablado con ella, pero la había visto. Y también la había librado del acoso de un ser diabólico…

En un momento formaba su decisión. Iría a Zuwalath.

Entonces, llamaron a la puerta.

CAPÍTULO II

Hossuth vivía solo, en un pequeño ático, de techo inclinado en algunos de sus sectores, confortable y acogedor, ya que lo había decorado a su gusto. Allí tenía su vivienda y también su estudio, y no pensaba abandonarlo ni aunque se casara algún día, perspectiva más bien lejana, puesto que todavía no existía ninguna candidata a tomar su apellido.

Había leído las cartas en la sala de estudio, situada a un nivel más alto que la de descanso y separada de la misma por una barandilla de torneados postes de madera. Descendió los diez peldaños de la escalera, cruzó la segunda sala y abrió la puerta.

Un hombre alto, casi gigantesco, de anchísimos hombros y rostro cuadrado, apareció en el acto ante sus ojos.

—¿Profesor Hossuth?

—Sí, el mismo. Entre, por favor, señor…

—Hans, simplemente, Hans, profesor —contestó el desconocido, mientras cruzaba el umbral.

—Muy bien, Hans, usted dirá.

—Se trata de… Bien, profesor, ¿ha recibido usted una carta de la condesa Leonora?

Hossuth arqueó las cejas.

—No creo que le interese mi correspondencia privada —dijo, secamente.

—Siento muchísimo haberle molestado, profesor —se disculpó Hans, con humilde acento—. Quizá debieran haber enviado a otro mensajero más diplomático, pero yo soy un poco torpe… Es lamentable, pero debe saberlo. La condesa Leonora no está bien… bien de…

—¿Trata de insinuar que está loca?

—Exactamente, profesor. Por eso opinamos que no debe hacer

caso a su carta.

—Hans, está hablando en plural. ¿Quiénes son los otros?

El visitante sonrió ligeramente.

—Lo siento, profesor; no estoy autorizado para revelar más detalles —contestó—. Simplemente, me enviaron para rogarle que no vaya a Zuwalath.

—¿Qué pasaría si aceptase la invitación de la condesa?

Hans continuaba sonriendo. Era una sonrisa que causaba escalofríos.

De repente, alargó una mano y cogió un objeto que había sobre una mesita.

—¡Qué cenicero tan hermoso, profesor! —exclamó.

Era una pieza de metal. Hans juntó ambas manos y dobló el cenicero por la mitad, repitiendo luego la operación y continuando hasta convertir el cenicero en una especie de informa bola metálica.

—Por favor, profesor, no vaya a Zuwalath —insistió, con suave acento.

Hossuth estaba asombrado y aterrado a un tiempo. Pero recordaba a la hermosa muchacha rubia y el asalto de que había sido objeto.

La carta recibida, ¿no era una petición de auxilio?, pensó.

Guardó silencio. Hans le miró inquisitivamente.

—¿No me contesta, profesor? —preguntó.

—No. A usted, no, Hans —contestó Hossuth, con firme acento—. No quiero darle una respuesta, positiva o negativa. Eso es todo.

—Muy bien, profesor.

Hans giró sobre sus talones y se acercó a la puerta. Antes de abrir, miró a Hossuth.

—Profesor, Zuwalath es un lugar horrible —dijo.

—No. Lo será tanto cuando la condesa vive allí —respondió el joven.

Hans salió. A Victor le hubiera gustado darle un buen puñetazo en las narices, pero el gigantesco individuo lo había dicho bien claro: actuaba en representación de otros.

¿Quiénes eran los otros?

Hans se había lamentado de no ser buen diplomático, pero su apariencia y la espectacular demostración de fuerza realizada con el cenicero desmentía sus palabras. Simplemente, habían querido

emplear con él la diplomacia del terror.

Y ¿era cierto que Leonora era una demente?

Sólo había una forma de saberlo: viajando a Zuwalath.

Le pareció que iba a emprender una especie de campaña militar. Si se trataba de una guerra, no podía emprender el combate sin una buena información.

Durante los dos días que siguieron, Hossuth acopió buen número de datos sobre la historia antigua del castillo de Zuwalath. De la moderna no consiguió encontrar apenas nada, detalles de escasa importancia.

También le pareció prudente averiguar si era cierto que Leonora estaba loca o alguien quería hacerla pasar por tal. El nombre de la joven no figuraba en la guía telefónica de Viena, pero sí había numerosos siquiatras, a uno de los cuales, seguramente, habría consultado.

—O la obligaron a consultarle —se dijo.

Empezó a hacer llamadas telefónicas. Empezaba ya a pensar que sus esfuerzos resultarían estériles, cuando, de pronto, alguien respondió a la pregunta que había formulado continuamente durante largas horas:

—En efecto, he tratado a la condesa Witebska —dijo el doctor Reffert—. Pero, como comprenderá, no puedo darle datos de mi cliente. El secreto profesional, usted ya me entiende.

—Muy bien, doctor. De todos modos, ¿me concede hora para visitarle?

—Hasta mañana no podré atenderle, profesor. Venga a las cinco y media en punto —accedió Reffert.

Hossuth colgó el teléfono. Sentíase satisfecho. Si era necesario, contaría todo al siquiatra. Presentía que Leonora estaba en peligro. Era preciso hacer algo por ayudarla.

Por cierto, ¿cómo se habían enterado de que ella le había escrito?

Las preguntas, los enigmas, presintió, sólo tendrían respuesta y solución en Zuwalath.

Al día siguiente, a las cinco, tomó su coche, ya reparado, y se dirigió al consultorio del doctor Reffert.

Cuando estaba en las inmediaciones, divisó un gran gentío. También pudo ver coches de bomberos y de la policía.

Había fuego en una casa. Un oscuro presentimiento asaltó su ánimo.

Las llamas devoraban el edificio. Estaba situado en las afueras de Viena, en las inmediaciones de la autopista que conducía a Werner-Neustadt. Era una villa rodeada por un frondoso jardín, el cual estaba ocupado en aquellos momentos por los bomberos que se afanaban en sofocar el violentísimo incendio.

De repente, se oyó un grito de horror.

Un hombre, convertido en una antorcha viviente, salió de la casa, profiriendo sonidos inarticulados. A Hossuth, que había presenciado la escena con los pelos de punta, le pareció que era un maniquí construido con materiales altamente inflamables.

Varios bomberos cayeron sobre el desgraciado, tratando de apagar el fuego que le consumía por todos los medios. Los sanitarios avanzaron rápidamente.

Una masa carbonizada fue depositada sobre la camilla. Hossuth oyó decir que aquel infortunado no sobreviviría a sus quemaduras.

—La casa se va a quemar hasta los cimientos —dijo un bombero.

Y, en aquellos momentos, Hossuth adquirió la convicción de que el incendio no tenía nada de casual y que la muerte del siquiatra era un asesinato.

Pero Reffert ya no diría nada sobre Leonora ni otras personas podrían examinar lo que hubiese podido escribir y guardar en sus archivos sobre la paciente.

* * *

A Victor Hossuth le parecía que iba a rescatar a una hermosa doncella, prisionera de un feroz dragón. Cuando llegó a Kiittmannsburg, en un radiante día de Primavera, se encontró con la desagradable sorpresa de que no había ningún cartel indicador que señalase el camino del castillo de Zuwalath.

El hecho le sorprendió un tanto, aunque no lo consideró un obstáculo insalvable. Vio la muestra de una taberna y paró el coche en las inmediaciones.

Entró en el local. Un hombre gordo, casi calvo, con un bigote a lo Kaiser, leía un periódico apoyado en el mostrador.

—Hola —saludó Hossuth.

—Señor —dijo el tabernero.

—Póngame una jarra de cerveza, por favor.
—Al momento, señor.
Mientras servían la bebida, Hossuth contempló el panorama a través de una ventana de numerosos y pequeños cristales. La aldea tenía un aspecto atractivo, pero flotaba en ella un algo indefinible que parecía pesar como una losa en el ambiente.
El silencio resultaba casi excesivo.
«O soy yo, quizá, que empiezo a volverme aprensivo», pensó.
—Su cerveza, señor —anunció el tabernero.
Hossuth regresó al mostrador.
—No pasa mucha gente por aquí —comentó.
—Esto queda apartado —dijo el tabernero—. Y la frontera húngara demasiado cerca. A la gente que sale los días festivos a divertirse no le gusta.
—Es comprensible. Sin embargo, tengo entendido que no lejos de aquí hay un lugar muy interesante para los turistas.
—¿A qué sitio se refiere el señor?
—Pues…, naturalmente, al castillo de Zuwalath.
El tabernero se santiguó inmediatamente.
—¡Dios y la Virgen santísima me libren de ir a un lugar donde habita el demonio! —exclamó.
Hossuth respingó.
—Vamos, vamos —dijo en tono chancero—, no irá usted a decirme que cree en… en leyendas.
—No son leyendas, señor; se lo aseguro. Es cierto que somos aldeanos incultos, pero también sabemos ver la verdad. Y en Zuwalath habita el mismísimo diablo.
—¿Es que no vive nadie en el castillo?
—Oh, sí, claro, gente descreída toda ella, personas que han vendido su alma al demonio. O quizá son también demonios.
Hossuth frunció el ceño. ¿Cómo era posible que hubiera alguien capaz de creer, no ya en la existencia del demonio, sino en su corporeización humana?
—Está bien, amigo…
—Hagen, Karl Hagen, para lo que usted quiera mandar.
—Soy el profesor Hossuth y me dirijo a Zuwalath. Puesto que desconozco el camino, ¿podría usted indicármelo?
—Se lo diré, profesor, pero también me permitirá un consejo.

Pásese por la iglesia y llene una botellita con agua bendita. Eso le protegerá del diablo, créame.

Victor sonrió. Hagen acababa de darle una buena idea. Era creyente, pero no supersticioso. Mientras tomaba el botellín que le entregaba el tabernero, dejó una moneda sobre el mostrador.

—Al salir de la iglesia, siga recto dos kilómetros. A la izquierda, en dirección sudoeste, encontrará un camino que le conducirá al valle de Zuwalath.

—Ah, hay un valle…

—Sí, señor, aunque no es muy amplio. Pero ese camino es el único acceso al castillo.

—Entiendo. Karl, un millón de gracias.

Con la botellita en el bolsillo, Hossuth subió al coche. Doscientos metros más adelante encontró la iglesia, pequeña, pero hermosa en el clásico estilo barroco de los templos austríacos.

Entró en la iglesia, sumida en completo silencio, y se acercó a la pila del agua bendita. Un rayo de sol se filtraba a través de un ventanal de cristales policromados. Al fondo se divisaba una oscura silueta, arrodillada frente al altar mayor.

Al cabo de unos minutos, el sacerdote se levantó. Vio a un desconocido cerca de la entrada y se acercó a él sonriendo.

—¿Puedo servirle en algo, amigo mío? —preguntó—. Soy el padre Dempfner, párroco de esta iglesia.

—Es un placer, reverendo. Yo soy Victor Hossuth, profesor de Historia en la Universidad de Viena.

—Tan joven —se admiró el clérigo.

—Bueno, sólo soy agregado, aún no tengo una cátedra en propiedad…

—Sí, entiendo. ¿Ha venido a buscar datos de Kiittmannsburg? Hay unos archivos muy interesantes…

—Realmente/padre, yo me dirijo a Zuwalath.

—Oh —murmuró el reverendo Dempfner.

—He hablado con Karl Hagen. Me ha aconsejado llene esta botellita de agua bendita de la pila de esta iglesia.

El sacerdote sonrió.

—Los aldeanos son muy supersticiosos. En vano trato con mis sermones de inculcarles la idea de que el diablo no es precisamente un ente material, como usted y como yo. Pero ellos creen que

habita en ese castillo.

—Parece como si lo creyeran desde tiempo inmemorial.

El padre Dempfner suspiró.

—No se sabe con exactitud cuándo empezó la leyenda. Yo llevo aquí una docena de años y, créame, todos mis esfuerzos en ese sentido se han estrellado contra la cerrazón de los aldeanos; al menos, de la mayoría de ellos. Pero si quiere llenar la botella de agua bendita, hágalo sin el menor reparo —añadió, sonriendo.

Hossuth sonrió también.

—No cuesta nada estar prevenido —dijo, a la vez que quitaba el tapón del pequeño recipiente.

—De modo que va usted al castillo.

—Sí, en efecto, padre Dempfner. He sido invitado por la condesa Leonora Witebska.

—¡La condesa Leonora! —exclamó el sacerdote.

Hossuth miró sorprendido a su interlocutor.

—Parece que le extraña ese nombre —observó.

—Y tanto que me extraña. La condesa Leonora murió hace cinco años, profesor.

CAPÍTULO III

El coche se había adentrado por el camino que conducía al castillo de Zuwalath y que ascendía serpenteando por una serie de colinas de baja cota, abundantemente cubiertas de vegetación. En algunos puntos, las ramas de los árboles formaban como una especie de túnel sobre el camino de tierra, sobre el que era preciso marchar a poca velocidad, debido a su pésimo estado.

Hossuth se sentía terriblemente desconcertado.

¿Cómo había podido ser invitado por una persona muerta cinco años antes? ¿Acaso la hermosa joven era producto solamente de su imaginación? ¿Quién había tomado el nombre de la condesa muerta?

¿O tal vez se trataba de una broma de pésimo gusto?

Lo que había visto aquella madrugada en una calle de Viena no era precisamente una broma. Todavía se estremecía al recordar aquella mancha negra que se deslizaba por el asfalto, como una horrible forma plana, hasta desaparecer por completo en el desagüe.

Y los ojos, rojos como brasas, del sujeto…

Casi sin darse cuenta, llegó a la parte más alta del camino. Atravesó un pequeño desfiladero, en donde las ramas de los árboles y los matorrales rozaban a veces la carrocería del vehículo, y dio vista al valle.

Allí, a poco más de mil metros de distancia, estaba el castillo, en el centro de un pequeño lago, espejeante como una lámina de metal bruñido, irguiéndose sobre una roca solitaria que, en tiempos, le había conferido una seguridad absoluta contra los ataques de posibles asaltantes. La base de los muros estaba a una distancia media de diez o doce metros del agua y, en algunos puntos, la roca viva caía a plomo, de tal modo, que las pesadas paredes seguían la línea vertical del acantilado sobre el cual se apoyaban.

Todavía no era de noche, a pesar de lo cual se veían luces en algunas ventanas. El castillo, aislado antiguamente de la tierra firme, estaba ahora unido por un puente de mampostería de una docena de arcos. La tranquilidad del agua era tal, que el reflejo de la construcción daba la ficticia ilusión de contemplar dos imágenes iguales e invertidas.

Emprendió el descenso hacía el valle. La altura máxima era de unos doscientos metros. El valle parecía un cuenco casi perfecto, pero tenía un tono oscuro, sombrío, deprimente, cuando podía haber sido un paisaje espectacularmente agradable de contemplar. Tal vez lo hacía la abundante vegetación, absolutamente descuidada, salvo en lo necesario para mantener libre el camino.

Minutos más tarde, enfilaba el puente. Tuvo que frenar casi a fondo; sólo entonces se dio cuenta de que, pese a todo, había un puente levadizo y que estaba levantado, aislando totalmente el castillo de las tierras circundantes.

Tocó la bocina un par de veces. Una silueta se asomó a una ventana del primer piso. Al cabo de varios minutos, el puente empezó a descender.

Cuando estuvo horizontal, Hossuth vio que una mujer avanzaba hacia él. Abrió la portezuela y se apeó del coche.

—Caballero, ¿en qué podemos serle útil? —preguntó la mujer.

Hossuth la observó breves instantes. Era muy bella, de cabellos completamente negros y piel blanca, casi transparente. Vestía con sencillez un traje negro, con encajes blancos, que no conseguía ocultar las agradables líneas de un cuerpo bien diseñado y que no había perdido firmeza ni esbeltez en los treinta y cinco años que le calculó el forastero.

—Señora, soy el profesor Victor Hossuth —dijo el recién llegado —. Estoy aquí debido a una invitación de la condesa Witebska. Si desea, le mostraré la carta…

Victor podía hacerlo impunemente. A prevención, había cortado del papel de la carta el fragmento en que Leonora había escrito su posdata, de tal modo, que nadie lo advertiría de no conocer antes el detalle.

La mujer inclinó levemente la cabeza.

—Soy Lotte von Rusch, ama de llaves, profesor —se presentó—. Tenga la bondad de entrar el coche. Al fondo encontrará un sitio

para estacionarlo. David, el criado, se hará cargo de su equipaje.

—Encantado y agradecido, señora Von Rusch.

Lotte giró sobre sus talones y se apartó a un lado. Hossuth subió al coche, arrancó de nuevo y, tras franquear el puente levadizo, entró en el castillo.

Había una especie de patio cubierto por una gran marquesina de vidrios translúcidos. Vio allí dos automóviles más y dejó el suyo en aquel lugar.

Un hombre apareció casi de inmediato. Era alto, muy delgado, de ojos hundidos y pómulos salientes. La piel era blanquísima, casi cerúlea.

—David, ¿no es así? —dijo el joven.

—Para servirle, señor profesor —contestó el criado.

Hossuth abrió el portaequipajes de su coche, en el que había, además de una maleta con ropas, una cartera de mano. David, impasible, se hizo cargo de ambas cosas.

—Sígame, señor —indicó.

El criado ascendió por una escalera de pocos peldaños, que conducía a una puertecita. Al otro lado había más escalones y, casi de repente, se encontraron en un enorme vestíbulo, de paredes casi desnudas y con una gran escalera que conducía al piso superior.

—El salón está al fondo, si el profesor desea tomar algo para reponer fuerzas —dijo David—. Mientras tanto iré a preparar su habitación, ya que desconocíamos la fecha de su llegada.

—Está bien, muchas gracias. Ah, una pregunta, David.

—Sí, profesor.

—¿La condesa Leonora…?

—Está durmiendo, profesor.

—¿Tan pronto? —se asombró Hossuth.

—La condesa duerme durante el día. Estará presente a la hora de la cena, profesor.

Y después de tan sensacional declaración, David siguió su camino hacia la escalinata.

Hossuth parpadeó unas cuantas veces. Luego echó a andar hacia el salón.

El castillo estaba muy descuidado, aprecio. En los escasos muebles que había a la vista, se apreciaba una espesa capa de polvo. ¿Era que no había nadie capaz de pasar el plumero?, se

preguntó el huésped.

Abrió la puerta del salón. Era muy grande, con una vasta chimenea en una de sus paredes, en la que ardían dos o tres grandes troncos. Los muebles, de una indudable antigüedad, estaban bastante deteriorados. En uno de los ángulos, Hossuth divisó el casi impalpable tejido de una gran tela de araña.

Pero había una mesita muy moderna, con abundante servicio de licores. Victor se dijo que necesitaba una copa.

El salón estaba alumbrado por dos enormes candelabros de pie, cada uno con siete brazos, con sus correspondientes velas. Todas eran bastante gruesas, casi como su muñeca. Los pies de los candelabros estaban artísticamente forjados. Hossuth se acercó a uno de ellos y vio una serpiente que se enroscaba en torno a la pieza cilíndrica vertical. Pero la serpiente tenía la cabeza de ser humano, con barbita en punta y dos cuernos en las sienes.

—El diablo —murmuró, impresionado a su pesar.

De repente, oyó una voz a sus espaldas:

—¿El profesor Hossuth, supongo?

Victor se volvió. Delante de él había un hombre altísimo, vestido enteramente de negro, a excepción de la camisa blanca y la corbata, que parecía una mancha de sangre sobre la albura del tejido. Sus cejas eran picudas, ostentaba un bigote negro, de pequeñas guías, sobre el labio superior, y tenía el mentón adornado por una pequeña perilla, en la que apenas se divisaban unos cuantos hilos grises. Sus dientes, blanquísimos al sonreír, eran casi de animal carnicero.

—En efecto —contestó Victor.

—Soy Esteban, conde Morphann, administrador y conservador del castillo, aunque, como puede observar, hay poco que administrar y menos que conservar. Pero ello no obsta para que le dé a usted la más sincera bienvenida en nombre de la propietaria.

—Me han dicho que duerme y que estará presente a la hora de la cena —manifestó el huésped.

—Desgraciadamente, la condesa Leonora se encuentra hoy bastante indispuesta. Tal vez mañana esté en condiciones de saludarle a usted, profesor.

—Una lástima —dijo Hossuth—. De todos modos, exprésele a la condesa mis mejores sentimientos.

—Así lo haré. Por cierto, yo estaré hoy bastante ocupado. Temo que habrá de cenar solo, profesor.

Hossuth miró a través de una de las ventanas. Ya era de noche. La luna, roja, sangrienta, asomaba por encima de la línea de colinas que cerraban el horizonte.

—No tengo ninguna prisa, conde Morphann —dijo.

El administrador se inclinó ligeramente. Hossuth se sintió tentado de preguntarle por Hans, pero estimó que era mejor callar por el momento.

David apareció un cuarto de hora más tarde.

—¿El señor profesor desea cenar o prefiere antes cambiarse de ropa? —consultó.

—Puesto que he de estar solo durante la cena, estimo que no son necesarias las ceremonias, David.

—En tal caso, serviré la cena inmediatamente, profesor.

* * *

Al menos, la cena, aunque sencilla, había resultado apetecible. El vino era un Tokay muy aceptable. Hossuth se limpió los labios después de la última copa y pidió a David que le enseñara su habitación.

El criado asintió. Hossuth le siguió por la escalera, hasta llegar a una puerta de roble, en la que, en sus dos hojas, se veían talladas las mismas figuras diabólicas ya vistas en los candelabros. «Ésta es la clase de bicho que yo no tendría como animal heráldico en mi escudo», pensó Hossuth.

David le dejó en su dormitorio, una amplia pieza en bastante mejor estado que el salón. También había chimenea con leños ardiendo. Pese a lo avanzado de la estación, no sólo los muros, sino el mismo emplazamiento hacían que el castillo resultase frío. En invierno, debía resultar insoportable.

—Con lo bien que se viviría aquí, decorándolo adecuadamente y con una buena calefacción —murmuró, mientras empezaba a quitarse las ropas.

Se preguntó qué clase de indisposición sufriría Leonora, que le había impedido asistir a la cena. Presentía algún extraño enigma, del que la joven condesa era protagonista principal. La lobreguez del castillo ayudaba poderosamente a que la fantasía se desatase en

mil especulaciones terroríficas.

Al cabo de largo rato, consiguió dormirse. Le pareció haber cerrado apenas los ojos, cuando, de pronto, oyó voces.

En la penumbra del dormitorio, alumbrado por las brasas de la chimenea, miró a todas partes. De momento, había creído que las voces sonaban en la misma habitación. Ahora se daba cuenta de que si bien había alguien hablando cerca, no estaba precisamente en el dormitorio.

De repente, oyó un grito de protesta:

—No, eso no…

—Foris, déjame… Sin ti me moriría…

Hossuth saltó de la cama. Jamás había oído hasta entonces aquella voz de mujer, pero estaba seguro de que había brotado de los labios de Leonora.

Las voces brotaban del muro situado frente a la chimenea. Hossuth divisó dos pequeños cuadros, de escaso interés pictórico, colgados de la pared. Casi inmediatamente presintió que podría ver algo si retiraba una de las pinturas.

Falló en el primer intento. Detrás del cuadro sólo había un espeso muro.

Al quitar el otro, vio un hueco cuadrado de unos cincuenta o sesenta centímetros de lado y bastante profundo, dado el espesor del muro. Una escena singular apareció ante sus ojos.

La joven a quien había conocido en la Simmeringer Hauptstrasse estaba allí, con la cabellera suelta, larguísima, casi hasta la cintura, y el esbelto cuerpo mal velado por un peinador de finísimo tejido blanco.

Frente a ella, sentado, estaba un hombre a quien no conocía. El sujeto parecía aterrado, pero no tenía fuerzas para resistirse a las peticiones de la muchacha.

De pronto, Leonora —Victor suponía que era Leonora— se inclinó sobre el hombre y aplicó su boca al cuello.

Hossuth se sintió tentado de gritar al presenciar aquel horrible acto de vampirismo. Metió casi todo el cuerpo en el hueco, pero al alargar la mano, tocó un cristal muy recio.

Entonces comprendió que podía ver a través de un espejo que sólo reflejaba por una de sus caras. El espejo estaba ligeramente separado de la pared y ello permitía que las voces llegaran a su

dormitorio.

A pesar de todo, empujó con fuerza. El espejo resistió. Hossuth sintió miedo a herirse con los vidrios si lo rompía de un puñetazo y buscó algún objeto contundente.

Los candelabros eran demasiado grandes para pasarlos a través del hueco. El sillón y las sillas que había resultaban fuertes, pesados; tardaría mucho en desgajar una pata.

Resignado, impotente, vio a Leonora succionando la sangre del sujeto. Al cabo de unos momentos, ella se irguió, sonriente, feliz, con una expresión nueva en su hermoso rostro.

Pero había un par de gotas de rojo líquido en la comisura izquierda de su boca. Hossuth vio que ella se retiraba deslizándose silenciosamente sobre el suelo. Ya no pudo resistirlo más y volvió a colocar el cuadro.

Los aldeanos de Kiittmannsburg tenían razón.

El diablo habitaba en Zuwalath. Porque ¿qué otra cosa era un vampiro, sino un aliado del diablo?

Volvió a la cama. Ya no pudo conciliar el sueño durante el resto de la noche.

CAPÍTULO IV

Cerca de la madrugada, cuando estaba sumido en una duermevela, agitada por frecuentes pesadillas, creyó oír ruidos fuera de la habitación.

Era rumor de pasos dados por personas de mucho peso. Cuando salió al corredor, lo vio desierto.

Una puerta se cerraba al fondo, sin embargo. Hossuth entrevió unos jirones de tela blanca que desaparecían instantes antes de que el batiente de la puerta girase sobre sus goznes. Volvió al interior de su habitación y se acercó a la ventana.

La luna brillaba en todo su esplendor. ¿No era el tiempo apropiado para los vampiros?, se dijo.

Sentíase como aturdido. Se ahogaba en aquel ambiente cerrado. De repente, abrió la ventana para respirar el aire fresco de la madrugada.

Un torrente de aire frío penetró en sus pulmones. Tomó la bata y se abrigó; la temperatura era relativamente baja, sin contar con la humedad, por lo que no quería el riesgo de pillar una pulmonía.

De repente, divisó una lancha de fondo plano que se alejaba de la roca sobre la cual se hallaba emplazado el castillo. Había dos hombres en la lancha, uno de los cuales estaba en pie, mientras el otro remaba con rítmicas paladas.

El hombre que estaba en pie vestía sombrero de anchas alas, negro como la capa de amplios pliegues que cubría su cuerpo. De repente, el bogador suspendió su trabajo.

El bote se detuvo. Los dos hombres se inclinaron sobre algo que yacía en el fondo de la embarcación.

Hossuth divisó un bulto que asomaba por la borda unos segundos, antes de ser lanzado a las heladas aguas del lago.

La líquida superficie se agitó en amplios círculos concéntricos.

Antes de que aquel bulto desapareciera en el lago, Hossuth pudo captar un objeto que parecía atado a uno de sus extremos.

La comprensión llegó a su mente en el acto. Dos hombres acababan de arrojar a las aguas el cadáver de un tercero, convenientemente lastrado para que no emergiera un día a la superficie. Aterrado, Hossuth se dio cuenta de que acababa de ser testigo del epílogo de un asesinato.

La víctima, ¿era acaso el hombre llamado Foris, al que Leonora había sorbido su sangre horas antes?

El remero inició su boga en sentido contrario. Hossuth cerró la ventana, ya que no quería correr el riesgo de ser visto.

La habitación se había enfriado. Sin embargo, todavía quedaban algunas brasas en la chimenea. Hossuth arrojó un par de troncos para reavivar el fuego. Luego se sentó en el sillón y aguardó sentado la llegada del nuevo día.

* * *

Bajó a desayunar, aunque no sentía apetito. Sin embargo, estimaba que un par de tazas de café le reanimarían considerablemente.

Para sorpresa suya, Lotte estaba sentada ya a la mesa.

—Buenos días, profesor —saludó el ama de llaves, sonriendo amablemente—. ¿Ha descansado bien en su primera noche en Zuwalath?

Hossuth carraspeó. Debía mostrarse natural, no dar a entender que había sido testigo de ciertas horribles escenas.

—Sí, estupendamente, señora Von Rusch…

—En el castillo, todos, salvo el resto de la servidumbre, me llaman Lotte. Hágalo usted también así, profesor.

De pronto, Hossuth reparó en la indumentaria de la mujer. Ella vestía ahora de un modo mucho menos severo que la víspera. Incluso el escote de su blusa parecía exagerado.

Hossuth decidió ser audaz. Debía llegar al fondo de aquellos espantosos enigmas. Quizá Lotte prestase su colaboración, si él…

—De acuerdo, la llamaré por su nombre, con una condición.

—¿Sí, profesor?

—Yo me llamo Victor.

Lotte sonrió.

—Imposible, yo pertenezco a la servidumbre…

—Usted desempeña aquí un puesto distinguido, no es una vulgar criada. Además, veo en usted refinamiento y distinción. ¿Por qué ha de haber tratamientos ceremoniosos entre ambos? En todo caso, use el título de profesor si está delante el conde Morphann.

Aquellas palabras halagaron a la mujer, adivinó Hossuth. Ella cedió a la proposición.

—De acuerdo, Victor. ¿Qué desea para desayunar?

—No tengo apetito. Me conformaría con algo de café.

Lotte se levantó y se apresuró a llenar la taza del joven, inclinándose exageradamente al hacerlo. Hossuth sonrió.

—Es usted muy hermosa, Lotte. ¿No tiene miedo su esposo de que algún día la rapte un hombre enamorado de usted?

El ama de llaves rió argentinamente.

—Esas cosas ya no suceden hoy día, al menos por amor —contestó—. Y, en todo caso, mi difunto esposo no podría oponerse al rapto.

—Oh, es viuda. Lo siento.

—Gracias, pero no se preocupe. —Lotte volvió a su sitio—. ¿Piensa permanecer mucho tiempo en Zuwalath, Victor?

Hossuth hizo un gesto ambiguo.

—Debo ver a la condesa —contestó—. Por cierto, en Kiittmannsburg me dijeron que la condesa Leonora murió hace cinco años.

—Es cierto —admitió Lotte.

—¿Entonces…?

—Pero quedó su hija, llamada igual que la madre y que, lógicamente, ha heredado el título y la posesión.

—Ah, ya entiendo. Sin embargo, es extraño que en la aldea no sepan nada al respecto. Nadie me habló de la actual condesa.

—Simplemente, no lo saben. Leonora no ha estado nunca en Kiittmannsburg, salvo de paso. Es… un asunto de familia muy delicado y la actual condesa no ha querido que se divulgue. Nosotros, lógicamente, obedecemos sus órdenes.

—Es decir, ella ha dicho que no quiere que se sepa vive aquí, en Zuwalath.

—Por ahora, así es.

—Lo cual significa que en la aldea no sabe nadie que la actual

condesa Leonora es hija de la que murió hace cinco años.

—Efectivamente, Victor.

—Un caso verdaderamente curioso, ¿no le parece, Lotte?

La mujer hizo un leve gesto con las manos.

—Las rarezas de algunas personas no deben ser confundidas, ni siquiera de lejos, con la demencia —dijo—. Leonora no quiere que se sepa públicamente quién es ni que está en el castillo. A la servidumbre nos corresponde acatar sus deseos.

—No cabe la menor duda. Lotte, perdone que le haya hecho tantas preguntas. Pero como Leonora me invitó…

Ella sonrió benignamente.

—No tiene que preocuparse de nada, Victor. Siéntase aquí como en su propia casa —dijo.

—Gracias, Lotte.

Una doncella entró en aquel momento. Era joven y bastante bonita, aunque había en su rostro una expresión de tristeza y aun de temor que no podía disimular del todo.

—Señora, ¿necesita algo más? —consultó.

—Pregúntale al profesor, Kira —respondió Lotte.

—No, nada, muchas gracias —dijo el aludido.

De pronto, Hossuth se puso en pie.

—¿Puedo ir a la biblioteca? —inquirió.

—Por la puerta que hay debajo de la gran arcada de la escalinata —indicó Lotte.

Hossuth salió al vestíbulo. La luz del día entraba ahora a raudales por dos grandes ventanales situados a unos tres metros del suelo. La estructura medieval de la construcción impedía que se pudiera ver a través de dichos huecos. Sólo en las habitaciones del primer piso estaban las ventanas a un nivel razonable.

Se acercó a la puerta indicada, en cuyos batientes se veían talladas las diabólicas figuras que ya conocía tan bien. Se preguntó si los ingenuos aldeanos de Kiittmannsburg no confundirían un animal heráldico con la imagen del propio diablo y ello les habría hecho creer que el príncipe de las tinieblas moraba en Zuwalath.

Junto a la puerta de la biblioteca, Hossuth divisó algo que llamó su atención de un modo singular. Tratábase de una mano enorme, de tamaño doble del natural, tallada en la propia piedra en altorrelieve, de modo que, a partir de los nudillos, los dedos

sobresalían al aire. Estaba cerrada, porque sujetaba una enorme anilla ovalada, también de piedra, de unos veinte centímetros de diámetro interior, por cuatro o cinco de grosor.

«Un extraño motivo ornamental», pensó, mientras alargaba la mano hacia la anilla, situada a menos de dos metros del suelo. Pero cuando ya la iba a tocar, sonó una voz imperativa:

—¡Deje esa anilla!

Sorprendido, Hossuth se volvió. Esteban Morphann se hallaba a cuatro o cinco pasos de distancia, mirándole casi con ira.

—Siento haber hecho algo indebido, conde —se justificó el joven.

Morphann sonrió.

—Creo que yo me he mostrado un tanto impulsivo. Discúlpeme, profesor, pero la piedra de la anilla, con el paso de los años, se ha hecho casi esponjosa y muy frágil por tanto. La escultura podrá tener mayor o menor valor artístico, pero sería una lástima que se destruyera por un trato indebido.

—Muy cierto, conde —admitió Hossuth—. Pero si alguien ha de excusarse, soy yo. Con su permiso, voy a buscar algún libro en la biblioteca.

Morphann inclinó ligeramente la cabeza. ¿Había brillo rojo en sus pupilas?, se preguntó Hossuth, mientras franqueaba el umbral de la puerta.

Pero había cosas que atormentaban todavía más su mente. El vampirismo de Leonora, el cadáver arrojado a las frías aguas del lago…

Ardía en deseos de hablar con la joven, pero no tenía la menor idea de cuándo llegaría el momento en que pudiera estar a solas con ella.

* * *

Leonora apareció inesperadamente a las siete de la tarde, ataviada con un sencillo pulóver azul claro y falda algo más oscura. Su espléndida cabellera aparecía muy bien peinada y el maquillaje de su rostro era más bien discreto.

La muchacha avanzó directamente hacia el huésped.

—Profesor, es un honor tenerle en mi casa —saludó.

Hossuth se inclinó para besar la mano que se tendía hacia él.

—El honor y el placer son míos, condesa, además del sentimiento de gratitud hacia usted por su amable invitación —contesto.

—Estuve hace algunas semanas en una de sus conferencias. Hay en la biblioteca bastantes volúmenes antiguos que quizá pudieran ayudarle en sus trabajos —declaró Leonora—. Tal vez soy presumida al respecto y acabaré llevándome un chasco, pero al menos me quedaré lo que alguien llamaría la satisfacción del deber cumplido.

Hossuth rió cortésmente.

—No cabe la menor duda de que algo conseguiré —respondió—. De modo que asistió usted a una de mis conferencias.

—Sí, y ello es lo que me permitió conocer su domicilio para escribirle.

—Condesa, si mal no recuerdo, la última de mis conferencias tuvo lugar en febrero. Y ya estamos en mayo.

—No he podido escribirle antes —declaró la muchacha.

—Sí, claro. ¿Le importa que fume, condesa? ¿Quiere usted un cigarrillo?

—Gracias, profesor.

Hossuth se había dado cuenta de que Leonora no se atrevía a hablar con franqueza. Era preciso buscar la ocasión para sostener una conversación sin temor a ser escuchados por testigos indiscretos.

—Quiero hablar con usted —bisbiseó, a la vez que acercaba la llama de su encendedor al cigarrillo que ella sostenía con los labios.

Los ojos de Leonora chispearon.

—Le dejaré un mensaje en su habitación —contestó en el mismo tono.

Kira, la doncella, apareció repentinamente en la puerta.

—¿Desea la señora condesa un aperitivo? —preguntó.

—Sí, Kira, por favor, tráigalo —accedió Leonora.

Los ojos de Hossuth recorrían cautelosamente el salón. ¿En qué lugar se hallaba la persona que espiaba sus menores gestos y hasta la última de las sílabas pronunciadas?

Capítulo V

Las horas pasaban lentamente. Leonora no daba señales de vida. Hossuth empezó a sentir sueño. Apenas había dormido la noche precedente y ello se notaba en la pesadez de sus párpados.

De pronto creyó oír pasos en el corredor.

Saltó hacia la puerta y entreabrió una rendija. Con un candelabro de dos velas en la mano, Kira se disponía a retirarse a su habitación.

—Kira —llamó el joven a media voz.

La doncella se volvió.

—Oh, es usted, profesor…

Hossuth le hizo una señal con la mano.

—Venga, Kira.

Ella se le acercó. Hossuth añadió:

—¿A quién tiene miedo usted? —preguntó bruscamente—. ¿Tal vez al demonio?

—Oh, no, en absoluto. Yo no soy supersticiosa —respondió Kira —. A quien temo verdaderamente es al conde, se lo aseguro — añadió la doncella.

—Un vampiro, creo.

Los ojos de Kira se oscurecieron.

—Si le gusta la sangre humana, no es para bebérsela precisamente —contestó—. Perdón, profesor, se me hace ya tarde.

Kira cortó bruscamente el diálogo y se alejó con paso vivo. Hossuth volvió al interior de la estancia.

No hubo mensaje ni llamada de Leonora durante el resto de la noche. Hossuth acabó por dormirse tan profundamente, que cuando despertó, el sol estaba ya muy alto sobre el horizonte.

Pasó la mañana en la biblioteca. Leonora tenía razón; algunos de los volúmenes tenían un notorio interés. De pronto, se percató de

que en el castillo reinaba un silencio absoluto.

Frunció el ceño y salió fuera de la biblioteca. Todo parecía normal, pero flotaba en el ambiente algo raro, no definible con palabras, que le hacía sentirse presa de una extraña angustia.

—¡Eh! —gritó.

Las paredes devolvieron, burlonamente, los ecos de su voz. Nadie contestó a su llamada, ni siquiera el tétrico David.

Gritó una vez más. El silencio continuaba, denso, opresivo.

De repente, se le ocurrió una idea.

Subió los escalones de dos en dos y alcanzó una puerta, decorada con las inevitables serpientes con cara de demonio. Aquella puerta, estaba seguro, correspondía a la habitación contigua a la suya.

Abrió. Se llevó una gran decepción al comprobar que estaba vacía.

Era otro dormitorio, aunque, indudablemente, ocupado por una mujer. En uno de los lados había un gran espejo, con marco dorado. Hossuth se acercó al espejo y contempló su propia imagen, reflejada en el cristal azogado.

Tanteó con la mano. El espejo estaba separado de la pared cosa de un centímetro.

Haciendo un esfuerzo consiguió descolgarlo. El hueco que daba a su dormitorio quedó al descubierto.

Era extraño, se dijo. ¿Por qué un marco tan antiguo para un espejo de factura tan moderna?

¿Conocía alguien el secreto de aquel hueco de comunicación entre las dos estancias?

El espejo volvió a su sitio. Hossuth abandonó el dormitorio.

Continuaba el silencio. No había nadie a la vista.

Al fondo, vio una escalera que conducía a las habitaciones superiores. Allí, se dijo, dormían los criados.

Subió al piso superior. Abrió una puerta.

David, vestido, estaba echado en su cama, con las manos cruzadas sobre el pecho.

* * *

Hossuth sintió una fuerte sacudida en el estómago. David estaba muerto. ¿Acabaría a la noche en el lago, como el desconocido

llamado Foris?

Lentamente, se acercó a la cama. Entonces notó que David tenía los ojos completamente abiertos.

Tocó su pecho. La respiración era muy lenta, pero rítmica, aunque la caja torácica se dilataba muy poco.

Aquel hombre estaba hipnotizado. El pulso era asimismo muy lento. ¿Quién había sumido a David en semejante trance?

El susto se le había pasado, pero no las aprensiones. Cautelosamente, abandonó la estancia y pasó a la siguiente.

Kira dormía allí, en la misma postura que el criado, si bien estaba cubierta con un peinador. Su pelo negro aparecía esparcido por la almohada. También tenía los ojos abiertos y su respiración y pulso eran más lentos de lo normal.

Terriblemente desconcertado, Hossuth volvió a su dormitorio, después de haber comprobado que las restantes estancias de aquel piso estaban vacías. ¿Estaba en un castillo poblado por vampiros?

De repente, sonó un alarido estremecedor.

Era una voz femenina, un grito que brotaba de la garganta de una mujer en el paroxismo del terror. Hossuth salió del dormitorio y corrió hacia el lugar de donde procedía aquel espantoso grito.

Estaba al final del corredor, en el extremo opuesto a la escalera que conducía a la parte alta del castillo. Había allí una puerta y la abrió de golpe.

Lotte estaba en pie, junto a su cama, contemplando con ojos aterrados algo que el joven no podía ver desde la entrada. A Hossuth le pareció ver una forma oscura que se deslizaba por el suelo, pero la cosa desapareció en el acto.

Se acercó al ama de llaves y la agarró por los brazos.

—¡Lotte! ¡Contésteme! ¿Qué sucede? —preguntó.

Ella tenía los ojos muy abiertos y no parecía ver al hombre que estaba a su lado. De pronto, lanzó un hondo suspiro y se desmayó.

Hossuth tuvo tiempo de frenar la caída. Con Lotte en los brazos, se acercó a la cama, sobre la cual dejó a la mujer. Después se volvió hacia el lugar donde había visto desaparecer a la cosa negra.

Le había parecido que era la misma cosa vista en Viena, la noche en que conoció a Leonora. Aquel hombre de los ojos de fuego, convertido en algo negro, plano, que se deslizaba casi serpenteando sobre el suelo lleno de agua…

En todo caso, había desaparecido ahora por la pared, casi a ras de suelo. Examinó atentamente el muro. Creyó ver un intersticio entre las piedras. Puso la mano y notó una ligera corriente de aire.

La llama del encendedor corroboró sus suposiciones. Aquella cosa había desaparecido a través de la grieta. Pero ¿qué era?

Volvió junto a la cama. Lotte continuaba desmayada.

En el tocador encontró colonia. Frotó sus sienes y sus muñecas. La mujer dio señales de recobrar el conocimiento.

Su pecho se dilató. Un gran suspiro brotó de sus labios.

—Lotte, soy Victor —dijo el joven.

Ella se sentó de golpe en la cama, con los ojos muy abiertos.

—¡He visto al diablo! ¡Estuvo aquí, en mi dormitorio! —gritó.

—Lotte, por favor…

El ama de llaves se pasó una mano por la frente.

—No sé qué me ocurrió… De pronto me encontré frente a esa horrible visión… Quería arrastrarme con él… Grité y… Victor, usted me cree, ¿no es así?

Hossuth asintió.

—Claro que sí, Lotte. —Era preciso seguirle la corriente; el ama de llaves estaba todavía bajo los efectos del formidable choque sufrido—. Pero ya se ha marchado, no hay motivos ya para sentir temor.

—Tengo un poco de vino… Deme una copa, por favor —rogó ella.

Hossuth se acercó a la consola y destapó el frasco de vidrio. Luego volvió junto a la cama.

Lotte bebió un par de sorbos. Los colores volvieron a su cara.

—El diablo habita Zuwalath —dijo—. Es preciso hacer que abandone el castillo.

—Podríamos llamar al padre Dempfner… —sugirió Hossuth. Tal vez la presencia del párroco consiguiera calmar las aprensiones de Lotte.

—No —exclamó ella resueltamente—. Nosotros nos bastamos para arrojar al maligno del castillo.

«Aquello no era un castillo, sino una casa de locos», pensó Hossuth. Pero, detrás de todo lo que ocurría, había un misterio que ansiaba descifrar a cualquier precio.

Lotte se levantó de la cama y sonrió.

—Ya me encuentro mejor —manifestó—. Gracias por haber venido tan oportunamente, Victor.

Hossuth comprendió que ella le despedía.

—¿No necesita ya mi ayuda, Lotte?

—No, muchas gracias. Todo se ha pasado ya. El diablo no se aparece a cada momento. Iré a ocuparme de su almuerzo, profesor.

—Está bien, Lotte, como guste.

Hossuth salió del dormitorio. Lotte debía cambiarse de ropa. Muy preocupado, el huésped regresó a su habitación.

Abrió la puerta. Entonces fue cuando vio a la araña parada en el centro de la estancia.

* * *

Hossuth sintió que se quedaba sin respiración, acometido por un horror indescriptible. El arácnido era enorme, al menos medía cuarenta centímetros de largo, con grandes patas velludas y dos grandes ojos, de color escarlata, que brillaban, oscilando ligeramente en su intensidad luminosa.

La araña alzó las dos patas delanteras, moviéndolas como si amenazase con lanzarse al ataque. Hossuth tenía los pelos de punta. ¿De dónde había salido aquel espantoso animal?

Era preciso hacer algo, no sólo para evitar el ataque, sino para eliminar al arácnido. El instinto hizo saber a Hossuth que si emprendía la retirada, sería atacado fulminantemente.

Con enorme lentitud, empezó a dar un gran rodeo. En ningún momento perdía de vista a la araña, que giraba también muy despacio, dándole frente de continuo. Hossuth llegó a las inmediaciones de la cama y alargó la mano.

De repente, arrancó la colcha y la arrojó sobre la araña con rápido movimiento. El animal se agitó bajo la tela. Hossuth saltó hacia adelante, agarró la colcha y envolvió con ella a la araña. Percibía sus frenéticos movimientos a través de la tela, pero no por ello cedió en sus esfuerzos.

Corrió hacia la ventana y la abrió. Tomando impulso, lanzó colcha y araña todo lo lejos que pudo. El lago se hallaba a veinte metros por debajo de él. La colcha revoloteó en el aire y se separó del arácnido, que cayó a plomo en el agua, con gran chapoteo de espumas. Hossuth tuvo la satisfacción de ver a la araña hundirse en

el lago.

Respiró profundamente. Al ponerse una mano en el pecho, notó los acelerados latidos de su corazón. De súbito, notó una presencia extraña en el dormitorio.

Volvióse en redondo, presto para saltar como un gato sobre su supuesto atacante. Pero David, el criado, no parecía albergar intenciones hostiles.

El huesudo rostro de David aparecía impasible.

—Señor profesor, el almuerzo está servido —anunció.

Hossuth sacó un pañuelo y se secó la frente, chorreante de sudor.

—Bajaré ahora mismo, muchas gracias, David —contestó.

David se inclinó y salió. Hossuth cerró los ojos un instante.

Demonios, vampiros, arañas… ¿Qué extraños moradores poblaban el castillo?

—Debo conservar la serenidad —dijo—. Pase lo que pase, he de mantenerme firme.

Compuso el gesto y salió del dormitorio.

Momentos después entraba en el salón. Le decepcionó la ausencia de Leonora, pero no le extrañó.

Kira se encargó de servirle. Cuando ya había terminado, Hossuth le hizo una pregunta:

—¿Por qué no ha venido la condesa a almorzar?

—Imposible, señor; ella duerme durante el día.

—¿Lo encuentra usted natural, Kira?

La doncella se encogió de hombros.

—Nunca faltan chiflados en este mundo —respondió desganadamente.

Y se alejó, con un contoneo de caderas que, si en otra ocasión, hubiese llamado más las miradas masculinas, ahora, en opinión de Hossuth, desentonaba por completo de la situación.

CAPÍTULO VI

Nuevamente se hizo visible Leonora después de que el sol se hubo puesto.

La joven vestía ahora de un modo singular, espectacularmente: traje negro, muy escotado y sin un gramo de tela en la espalda. Era preciso reconocer que poseía una figura excepcional, aunque, en opinión de Hossuth, le hacían falta dos o tres kilos más de peso.

—Lamento no haberle visto durante el día —se disculpó la muchacha—. ¿Qué tal marchan sus trabajos, profesor?

—No puedo quejarme, condesa —respondió él—. Pero hay algo que me extraña sobremanera, si me permite expresarlo.

—Desde luego. Hable sin temor.

—Se trata de… usted. Duerme durante el día…

—Oh, no tiene importancia. Es recomendación médica.

Hossuth arqueó las cejas.

—¿Acaso padece alguna enfermedad, condesa? —se extrañó.

—Los ojos. Simplemente, no puedo soportar la luz del día.

«Como los vampiros», pensó él.

—Siendo así, no es de extrañar que deba dormir durante el día —dijo—. Pero otras personas, aquejadas, como usted, de fotofobia, duermen durante la noche y usan gafas de color por el día.

—Mis retinas son especialmente sensibles. Tendría que llevar unas gafas muy espesas y, además, que encerrasen por completo las órbitas oculares. Simplemente, no quiero aparecer como un monstruo —explicó Leonora.

—Lo siento mucho, condesa.

Hossuth sacó cigarrillos. Como la noche anterior, murmuró en voz apenas audible:

—¿Desde qué punto cree que nos vigilan?

—No lo sé —respondió Leonora.

Hossuth se formuló el propósito de acudir al salón aquella misma noche, cuando todos durmieran.

—Mi trabajo progresa satisfactoriamente, gracias a su benevolencia, condesa —dijo en voz alta.

—Lo celebro infinito, profesor.

Lotte apareció de pronto en la puerta.

—Ordenaré a David que les sirva la cena, señora condesa —dijo —. Kira se encuentra algo indispuesta.

—Está bien, señora Von Rusch.

El ama de llaves se retiró. David apareció instantes más tarde, empujando un carrito de mano.

La cena transcurrió casi en completo silencio, sin que ninguno de los dos comensales pronunciase otras frases que las de rigor. Hossuth sintió que había unos ojos que les espiaban continuamente.

Y también dos oídos que no perdían una sola de las palabras que se pronunciaban en la estancia.

De repente, Hossuth creyó adivinar el lugar desde el que eran espiados.

A ambos lados de la chimenea, como enmarcándola con sus serpenteantes figuras, había sendos animales heráldicos, de los que se veían constantemente reproducidos por todas partes. Las satánicas cabezas de las bestias de piedra eran de tamaño natural y sobresalían, en bajorrelieve, de doce a quince centímetros del nivel del muro.

Procuró portarse con naturalidad. A una de la cabeza le faltaban los ojos de granito.

Terminada la cena, David se retiró silenciosamente, dejando servicio de licores en una mesita auxiliar. Los troncos ardían satisfactoriamente.

Hossuth se levantó para acercarse a la mesita.

—¿Toma licor después de la cena, condesa? —preguntó.

—No, aunque si a usted le apetece…

Hossuth estudió las etiquetas. Entre ellas encontró una de aguardiente de cerezas. La etiqueta indicaba una graduación alcohólica de 45 grados.

—Es precisamente lo que buscaba —dijo, fingidamente complacido.

Llenó una copa de buen tamaño y se acercó a la chimenea.

—Zuwalath me gusta —continuó—. La envidio a usted, condesa; si yo tuviese dinero, le propondría la compra de la propiedad.

—¿De veras? —se extrañó Leonora.

—Se lo aseguro…

Hossuth se llevó la copa a los labios. Pero, de súbito, en lugar de probar el licor, lo arrojó a los ojos de la cabeza del diablo, con un movimiento semicircular, a modo de extender más el líquido.

Un rugido se oyó de pronto. Leonora se puso en pie.

—¡Profesor! ¿Qué sucede? —exclamó, alarmada.

Hossuth corrió hacia ella y la agarró por una mano.

—¡Pronto! —exclamó—. Vamos a la habitación contigua…

—Pero…

—Sí, mujer, a la habitación que hay al otro lado de ese muro.

—Profesor, temo que está equivocado. ¡No hay ninguna habitación al otro lado de esa pared! —aseguró ella, muy seria.

Hossuth la miró unos instantes, con expresión de asombro. Luego volvió la cabeza.

¿Había sido una ilusión suya? En la goteante cabeza del monstruo de piedra, no había ojos huecos. Eran también de piedra, como el resto de figura allí representada.

Leonora se soltó suavemente.

—Perdón, profesor, si no le importa, voy a retirarme a mi habitación —se despidió.

Hossuth se quedó solo. Mentalmente, se juró que no había visto visiones, que había visto los ojos huecos en la demoníaca faz de la estatua. Pero las dos ofrecían el mismo aspecto: ambas eran completamente de piedra.

Para calmarse un poco, tomó algo de *brandy*. Luego, decepcionado, subió a su dormitorio.

Allí se encontró con una sorpresa: un cubo de hielo, con una botella de champaña.

La botella tenía una etiqueta colgada del cuello. Estaba escrita con caracteres inequívocadamente femeninos:

«Vendré esta noche. Tomaremos una copa juntos».

* * *

La mitad del hielo se había fundido ya, cuando la puerta del dormitorio se abrió silenciosamente. Una forma blanca se recortó contra la penumbra de la habitación.

Hossuth avanzó impulsivamente. De pronto, se detuvo.

El pelo de la mujer era negro.

Lotte rió suavemente.

—¿No me esperabas? —dijo, mientras cerraba la puerta para apoyar en ella la espalda.

Hossuth se esforzó por sonreír.

—¿Por qué no? —contestó. Avanzó hacia ella y la estrechó entre sus brazos con apasionamiento del todo fingido—. ¿Quién sino tú podría enviarme una botella de champaña?

Buscó sus labios. Pero la mano de Lotte se interpuso entre ambas bocas.

—Demasiado impulsivo —dijo—. Es preciso ser paciente.

—Nunca soy paciente con una mujer hermosa —alegó él.

Lotte le dirigió una mirada oblicua. Luego abrió la botella y llenó dos copas.

—¿Qué piensas de mí? —preguntó, al entregarle la suya.

—¿En qué sentido?

—En… todos. Estoy segura de que me has tomado por una histérica.

—¿Porque creíste ver al demonio? Quizá, en aquel momento, existió realmente para ti.

Ella pareció preocupada de pronto.

—¿Fue una visión? —murmuró—. No sé qué me ocurrió; tenía una figura horrible, con ojos como brasas y una dentadura de bestia carnicera…

—Fue una visión —afirmó Hossuth, a pesar de que él también había visto algo extraño.

—¿Cómo puedes saberlo? —se asombró Lotte.

—Tal vez tú estabas momentáneamente alucinada. Pero yo no. Y cuando entré en la habitación, no había olor a azufre, que dicen acompaña siempre a las apariciones del diablo.

—Vaya, ése es un detalle en el que no había reparado. Pero ¿cómo se produjo la alucinación?

—¿Recuerdas lo que tomaste antes? Alguna droga en la comida,

en la bebida…

—Sí, pero ¿quién tendría interés en drogarme?

—Lotte, tú llevas aquí mucho más tiempo que yo. ¿Qué me dices del conde Morphann?

—Quizá tenga sus rarezas, pero es un caballero encantador. Y muy distinguido.

—La posesión debe de darle poco trabajo. ¿Qué hace en sus, digamos, ratos libres?

—Pasa la mayor parte del día encerrado en su habitación, aunque suele salir a pasear.

—Por la tierra firme, supongo.

—Claro. El espacio en el castillo es muy reducido —sonrió Lotte.

—¿Qué me dices de David, el criado?

Ella se encogió de hombros.

—Lo contrató el conde, como la doncella —respondió.

—¿Y tú?

—Yo había perdido a mi esposo. En tiempos, fue amigo del conde. Éste supo que yo me encontraba en una situación no muy brillante y me ofreció el puesto.

—¿Conocías ya Zuwalath?

—No, nunca había estado aquí hasta hace cosa de algunos meses.

—Leonora ya había llegado, me imagino.

—Sí, desde luego.

—Y siempre duerme de día.

—Sí… Victor, ¿a qué vienen tantas preguntas?

Hossuth sonrió.

—Curiosidad. Si no la satisfaces tú, 110 lo hará nadie. David parece de piedra y Kira da la sensación, a veces, de tener miedo. No quiero comprometerles. Estimo que al conde no le gusta que los criados se vayan de la lengua.

—Eso es cierto —admitió Lotte.

—Oye, ¿conoces tú a un tipo llamado Foris?

Lotte respingó.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber.

—Mera curiosidad, ya te lo he dicho.

—Mi esposo se llamaba Foris, Victor.

—¿Cuánto tiempo hace que murió?

—Casi un año… Pero, Victor, ¿adónde quieres ir a parar? —preguntó Lotte, sumamente extrañada.

—He oído ese nombre casualmente, no te preocupes.

—¿Aquí, en Zuwalath?

—Sí.

—Puede que se trate de alguna coincidencia. ¿Dónde oíste pronunciar el nombre?

—No podría afirmarlo rotundamente —mintió Hossuth—. Tal vez lo dijo David. O quizá Kira… Oí voces en el vestíbulo, pero no me paré a escuchar.

—Foris murió —dijo Lotte—. Debe de tratarse de otro hombre.

—Seguro. Pero ¿por qué no dejamos ya esta conversación?

Ella sonrió.

—¿De qué vamos a hablar, Victor?

La copa de Hossuth quedó a un lado. El joven avanzó hacia Lotte.

—Creo que no hace falta que hablemos —dijo, a la vez que la abrazaba de nuevo.

Lotte no se resistió ni protestó cuando los labios masculinos aplastaron los suyos.

Pero, de repente, por encima del hombro izquierdo de Lotte, Hossuth vio otra vez a la araña.

CAPÍTULO VII

El monstruo artrópodo estaba allí, a cuatro pasos de ellos, mirándoles fijamente con sus fosforescentes pupilas, que despedían un resplandor con leves oscilaciones en su intensidad. Instintivamente, Hossuth apretó más todavía el cuerpo de la mujer.

—Lotte, no te muevas —dijo.

Ella le miró asombrada.

—¿Qué sucede?

—Calla, no te muevas, no vuelvas la cabeza.

Hossuth inspiró fuertemente. De súbito, vio que la araña estaba junto al sillón de alto respaldo, un pesado mueble de madera ricamente labrada, con asiento de terciopelo rojo.

Las dos patas delanteras del pequeño monstruo se levantaron. Entonces, Hossuth apartó violentamente a Lotte, saltó hacia el sillón y lo volcó hacia su derecha, con toda la fuerza de sus músculos.

El respaldo del sillón cayó de filo sobre el cuerpo de la araña. Se oyó un repentino chasquido.

Leves columnitas de humo brotaron del cuerpo ya inmóvil. Lotte, caída en el suelo, vio la araña y lanzó un chillido.

—¡Silencio! —exclamó Hossuth, enérgico.

Lotte se metió el puño en la boca. Lentamente, Hossuth se acercó al sillón y lo puso de nuevo en su primitiva posición.

La araña no se movía. El humo que había salido se disipaba rápidamente. Hossuth pegó una patada al monstruo. Se oyeron ruidos que no tenían nada de naturales.

—Es un monstruo artificial —dijo, respirando aliviado.

Lotte se puso en pie.

—Pero ¿cómo ha podido entrar aquí? —se asombró—. Lo ignoro. Lo único que sé es que anoche entró y que yo la arrojé al lago. Pero alguien ha debido de rescatarla y componer las averías

que pudo sufrir.

Hossuth pegó unos cuantos taconazos en la cabeza y el abdomen de la araña. Se oyó más ruido de metal y vidrios rotos.

—Hay gente con un sentido del humor muy peculiar —comentó.

Entró en el baño y salió con una toalla. Empleó el atizador de la chimenea para colocar aquella horrible figura sobre el paño. Luego, agarrándolo por ambas puntas, se acercó a la ventana y la abrió.

—Esta vez no volverás a la superficie —gruñó.

Hizo girar la toalla sobre su cabeza para tomar impulso. El monstruo mecánico voló a gran distancia y se hundió en las aguas del lago.

Hossuth permaneció un buen rato en la ventana. Había luna y ello permitía ver los detalles con cierta claridad. La araña no volvió a la superficie.

Satisfecho, giró sobre sus talones.

—Ya no hay peligro…

Calló de pronto. Lotte había desaparecido.

—Buen final de velada —comentó con amargura.

Y luego, resignado, se tomó otra copa de champaña y empezó a desvestirse.

Dormía profundamente, cuando algo le despertó.

Era un leve contacto en el cuello, como una picadura apenas perceptible. Abrió los ojos y vio una figura femenina inclinada sobre él.

La mujer se dio cuenta de que lo había despertado y escapó a la carrera. Hossuth se levantó y salió en su persecución, pero ella había desaparecido ya en el corredor.

Profundamente preocupado, fue al baño y se contempló en el espejo. En su cuello, cerca del hombro, había dos diminutas marcas de las que habían brotado sendas gotas, de tamaño casi microscópico.

El vampiro no había tenido tiempo de morder a gusto. Pero Hossuth empezó a pensar que había tenido una pésima idea al aceptar la invitación de Leonora.

No era supersticioso y, sin embargo…

* * *

Por la mañana, bajó a desayunar. El café, las tostadas y demás

estaban sobre la mesa. Pero no había rastro de la servidumbre ni de los restantes habitantes del castillo.

Hossuth comprendió que debía alimentarse y comió a la fuerza. Luego, al terminar, se acercó a la cabeza de piedra.

Estudió los ojos. Alguien les había espiado desde el otro, lado del muro. Él había oído claramente el rugido de dolor del sujeto, cuando el alcohol fue a parar a sus ojos, dañándolos.

De pronto, pensó que Leonora le había mentido, quizá porque no tenía la seguridad de no ser escuchada, a pesar de todo. ¿Cómo se podía pasar al otro lado del muro?

Tanteó la pared con las manos. Era demasiado maciza para sonar a hueco, si acaso que lo había al otro lado.

De repente, le pareció observar algo raro en la cabeza del diablo situada a la izquierda. Los cuernos…

Alargó ambas manos, los asió y tiró con fuerza.

Se oyó un chasquido. A su derecha, giró un lienzo de pared, precisamente aquél en que se hallaba la figura del otro demonio.

Hossuth corrió hacia el hueco y pasó al otro lado. Entonces vio algo que le dejó estupefacto.

Leonora dormía apaciblemente, cubierto su esbelto cuerpo por un traje blanco, largo, con las manos sobre el seno. Ello no hubiera tenido demasiada importancia, de no haber sido porque el lecho que ocupaba la joven era un ataúd.

Hossuth retrocedió un paso.

—Los vampiros duermen en sus ataúdes —murmuró.

Pasados unos momentos, se sintió recobrar y avanzó hacia Leonora. Debía de tratarse de un vampiro de nueva especie, porque respiraba, aunque con gran lentitud.

Probó a despertarla:

—Leonora, Leonora… —llamó.

La joven continuó dormida. Hossuth comprendió que nada de lo que hiciese conseguiría obligar a Leonora a que abriese los ojos.

Entonces se dedicó a explorar la habitación.

Era grande, con el aspecto de una cripta abovedada, sin ventilación visible, aunque debía de haber conductos de aire hábilmente disimulados. Carecía de muebles y reinaba en ella una temperatura agradable.

No había olor a humedad ni moho. Frente al ataúd, vio un

abultamiento en el muro, como una gran caja adosada. Comprendió que se trataba de la chimenea, vista desde el lado opuesto al hogar.

Luego se acercó a la puerta secreta. Sí, había un hueco en el que una persona podía colocar su cara. A la altura de los ojos vio como dos parches, que quitó sin dificultad. Era algún plástico, que se sujetaba con una simple presión, en los huecos de los ojos, y pintado exactamente del mismo color del granito.

Los ojos quedaron en la misma posición. Luego, la mirada de Hossuth recayó una vez más sobre la inerte figura de Leonora.

De súbito, Hossuth oyó ruido en alguna parte. Apenas si tuvo tiempo de cruzar el hueco y tirar hacia sí de la puerta secreta. Pero el instinto le hizo dejar una rendija; si no podía ver bien, al menos trataría de escuchar lo que sucedía al otro lado.

* * *

—Está dormida —dijo el conde Morphann.

—¿Hasta cuándo? —preguntó la mujer que le acompañaba.

Morphann se encogió de hombros.

—No puedo asegurar nada —respondió—. El tratamiento debe continuar.

—Hasta que nos descubran.

—No seas tonta. Todo acabará por salir bien. Necesitamos ser pacientes, eso es todo.

La rendija permitía que Hossuth pudiera ver parte del ataúd, hacia los pies. Morphann se hizo visible de pronto.

—Leonora —llamó.

—Sí, señor —dijo lo muchacha.

—Estás dormida.

Era una afirmación más que una pregunta.

—Sí, señor.

—Necesitas alimentarte. Esta noche tendrás… comida.

—Líquida —rió la mujer.

—¡Calla, estúpida! —La apostrofó Morphann—. Vas a despertarla…

—Pero ¿no está dormida?

—Kira, maldita seas, o te callas o te arranco la lengua.

—Está bien, está bien —gruñó la doncella.

Morphann se inclinó una vez más sobre la muchacha dormida.

—A la noche, recuérdalo —dijo.

—Sí, señor —contestó Leonora con voz ausente.

—Suficiente —dijo Morphann—. Vámonos, Kira.

El conde y su acompañante abandonaron la cripta. Hossuth esperó unos instantes después de que hubieron dejado sola a Leonora.

Entonces volvió a empujar la puerta secreta y se acercó al féretro.

Los brazos de Leonora emergían desnudos de los tules blancos de su vestido. Hossuth examinó con infinita atención la blanca piel.

Movió la cabeza varias veces. Algunas de las cosas que sucedían en Zuwalath empezaban a resultar más explicables.

* * *

Silenciosamente, caminando por detrás, Hossuth se acercó a la mujer y aplicó sus labios al cuello.

—Tengo sed de sangre —dijo truculentamente.

Lotte lanzó un chillido. Hossuth se echó a reír.

—No soy un vampiro —añadió.

Ella se volvió, con una mano en el pecho.

—Me has dado un susto de muerte —se quejó.

—Y tú me defraudaste anoche, dejándome plantado.

—Había pasado un mal rato, compréndelo.

Hossuth se acercó a ella de nuevo.

—¿Y no te hubieras sentido mejor entre los fuertes brazos de un hombre joven y apuesto?

Lotte rió argentinamente.

—Eres modesto, ¿eh? —comentó con ironía.

—Soy joven y el espejo me dice que guapo. ¿Por qué mentir?

—Sí, tienes razón… Victor, ¿de dónde salió anoche la araña?

—Ya no me preocupa apenas. Hay otras cosas peores que arañas mecánicas.

—¿Por ejemplo?

—Vampiros.

—Victor, no digas cosas raras.

—Leonora es un vampiro.

—¿La has visto tú sorber la sangre a alguien?

—Sí.

Las cejas de Lotte se alzaron.

—Me sorprendes, Victor —contestó.

—Lo que vi no fue el producto de una alucinación. Estaba tan despierto como lo estamos tú y yo, en este momento. ¿De dónde procede esa terrible inclinación?

Lotte se encogió de hombros con cierta indiferencia.

—Tal vez alguno de sus antepasados fue vampiro, ¿no crees? —contentó—. A mí siempre me ha extrañado su afición a dormir de día, pero el sueldo que me pagan es bueno. No me importan los caprichos de la dueña de Zuwalath.

—Tal vez sí te importen más de lo que crees, Lotte —contradijo el joven.

—¿Por qué no te explicas más claro, Victor?

—El hombre a quien Leonora sorbió la sangre se llamaba Foris. Debía de andar por los cuarenta años, quizá tenía sólo unos pocos más que tú.

—Mi esposo murió —declaró Lotte, sumamente agitada—. Te dije que ese nombre debía de ser una simple coincidencia.

—Está bien, si tú lo dices así. —Hossuth se dirigió hacia la puerta. Sólo trataba de ayudarte, Lotte.

—¿Te marchas ya?

Hossuth asintió.

—Tengo sueño —se disculpó.

No era cierto; sólo quería estar presente cuando Leonora fuese a realizar el acto de vampirismo ordenado por el conde Morphann y evitarlo a cualquier costa.

CAPÍTULO VIII

Hossuth fue a su dormitorio, pero estuvo solamente unos minutos, lo suficiente para dar la sensación de que realmente se disponía a dormir. Sin embargo, antes de que transcurriese un cuarto de hora, se asomó a la puerta de la estancia.

El castillo estaba sumido en un completo silencio, alumbrado únicamente por algunas velas situadas en candelabros bien movibles o bien en brazos de hierro sujetos en las paredes. Hossuth descendió al vestíbulo, pero cuando ya llegaba abajo, oyó voces que procedían del salón.

Entonces corrió a esconderse bajo la escalera. Instantes después, dos hombres aparecieron en el vestíbulo.

—Esto no me gusta —dijo uno de ellos de mal talante.

—Tenemos que hacerlo, es necesario, Foris —sonó, inconfundible, la voz de Morphann.

—Pero es que ya estoy más que harto de permanecer escondido en este maldito caserón. Y mientras tanto, Lotte, por ahí…

—Calla, ella no sabe nada. No debe saberlo, ¿estamos?

Así pues, pensó Hossuth, el señor Von Rusch estaba vivo. ¿Realmente creía Lotte que era viuda?

Aguardó a que los dos hombres subieran hacia el piso superior.

—¿Está bien preparado el truco, Foris? —preguntó Morphann.

—Descuide, Esteban. No faltaría sino que me dejase chupar la sangre auténtica. ¿Cómo está ella?

—Bien, en el punto ideal. Subirá dentro de un cuarto de hora, más o menos.

—¿Y después?

—De nuevo la comedia del otro día, Foris.

—Pero verá al mismo hombre…

—Leonora verá al hombre que yo le designe, no te preocupes.

Morphann y su acompañante desaparecieron en el piso superior. Hossuth empezó a comprender la verdad.

De repente, se le ocurrió una idea.

Era preciso chasquear a aquellos dos granujas, que trataban de enloquecer a Leonora, mediante el procedimiento de hacerla creer que era realmente un vampiro. Lo que menos importaba en aquellos instantes era la forma en que Morphann subyugaba la voluntad de la muchacha.

En los brazos no había encontrado señales de pinchazos, que pudieran sugerir inyecciones hipnóticas. Quizá la droga era administrada en la bebida…, pero, se repitió una vez más, ello importaba poco en aquellos instantes.

Corrió veloz hacia el salón. Hizo funcionar el resorte y la puerta secreta se abrió.

Leonora dormía aún. Hossuth comprendió que la noche en que debía actuar como un vampiro, su sueño era prolongado por encima de lo normal. Sin pérdida de tiempo, la alzó en brazos y se dirigió hacia la salida.

La muchacha quedó en un sillón durante unos segundos, lo justo para que Hossuth pudiera cerrar la puerta. Luego, la cogió de nuevo en brazos y emprendió la marcha hacia el piso superior.

Corría un grave peligro, lo sabía perfectamente. Si era sorprendido, lucharía como fuese. Pero era preciso acabar con aquel estado de cosas. A fin de cuentas, ¿no le había escrito Leonora pidiéndole ayuda?

Por fortuna, consiguió llegar a su dormitorio sin ser visto. Cerró la puerta y arropó a la joven, que continuaba durmiendo.

Luego regresó junto a la entrada. Abrió una rendija, no más ancha de un centímetro, y escuchó atentamente.

No se percibía el menor sonido. De pronto, se le ocurrió una idea.

Acercándose a la pared, descolgó uno de los cuadros. A través del hueco, divisó a Foris sentado en un sillón, bostezando con aire aburrido.

Para Hossuth resultaba incomprensible que aquellos sujetos no supieran que podían ser observados desde su dormitorio. Era evidente que desconocían el truco del espejo; de lo contrario, no le habrían asignado aquella habitación.

Una vez más, volvió junto a la puerta. Sonaban pasos en la escalera.

Sonrió al pensar en Morphann, que descendía a la planta baja. Esperó pacientemente.

Pasaron algunos minutos. De repente, creyó oír una imprecación ahogada.

Morphann salió al vestíbulo y echó a correr escaleras arriba. Hossuth oyó las maldiciones que profería. A los pocos momentos, el conde entró en el otro dormitorio.

—¡Foris, Leonora no está!

El sujeto se puso en pie vivamente.

—Pero ¿qué diablos…?

—Así, como suena. Leonora se ha largado.

—Creo que no sabe hacer las cosas bien, Esteban.

—¡Váyase al diablo, Foris! Ella tiene que estar dentro del castillo; el puente está alzado. Vamos a buscarla.

Hossuth corrió hacia la puerta. Morphann y Foris salían en aquel instante al corredor.

De repente se abrió otra puerta.

—Conde, ¿qué es lo que sucede? —Sonó la voz de Lotte—. ¿Por qué esas voces?

—Métase en su habitación y no…

Las palabras de Morphann fueron cortadas repentinamente por un brutal alarido:

—¡Foris, no! ¡Tú estás muerto!

Hossuth entendió que Foris von Rusch se había vuelto instintivamente al oír la voz de su esposa. Lotte le había reconocido.

—¡Estás muerto, estás muerto! —chillaba Lotte demencialmente —. ¡Yo acompañé tu cuerpo al cementerio!

—Esa mujer va a despertar a todo el mundo —bramó Morphann, fuera de sí.

Foris dio un paso hacia ella.

—Lotte, escucha…

—¡No te acerques, no quiero que te vengues de mí! —La mujer parecía haber enloquecido—. Foris, perdóname; si te envenené, fue porque estaba celosa…

—Pero, Lotte…

De repente, ella dio media vuelta y echó a correr. Los dos

hombres se lanzaron en su persecución.

«De modo que Lotte envenenó a su marido. No debía de tener mucha experiencia, porque el difunto está vivo y bien vivo», pensó Hossuth, mientras los alaridos de la mujer estremecían las paredes del castillo, Lotte continuaba corriendo. Había perdido el juicio.

Llegó al segundo piso y se metió por una escalera de caracol que conducía a una de las elevadas torres de Zuwalath. Los dos hombres iban pisándole los talones.

Hossuth regresó a su dormitorio. Estaba seguro de que Morphann y Foris, apenas hubieran dominado a Lotte, se dedicarían a buscar a Leonora. Era preciso evitar que la encontrasen.

Mientras, Lotte había alcanzado la plataforma. Con ojos extraviados, miró a derecha e izquierda, sin encontrar ninguna vía de escape.

Una ráfaga de viento hizo ondear el tejido de su peinador. Los dos hombres aparecieron en aquel instante por la trampilla de acceso.

Lotte retrocedió, chillando demencialmente.

—Escucha —gritó Foris.

Pero ella ya no razonaba. Dio un par de pasos hacia atrás y, de repente, su cuerpo chocó contra el bajo parapeto que había en el hueco situado entre dos almenas.

El impulso de retroceso había sido demasiado fuerte. Lotte se venció hacia atrás.

Durante un segundo, basculó en un equilibrio inestable. Foris quiso saltar hacia ella, pero una mano de hierro detuvo su avance.

Lotte saltó al vacío. Un largo alarido descendió con ella.

Hossuth oyó el arito y se volvió hacia la ventana. Durante una fracción de segundo, divisó la borrosa forma blanca que descendía vertiginosamente.

Sintió un escalofrío de terror. ¿Se había caído Lotte o la habían arrojado al vacío?

Tenía las luces apagadas, lo que le permitió abrir la ventana. Al pie del muro, las aguas se agitaban en círculos.

Un trozo de tejido blanco flotaba en la superficie del lago. Era todo lo que quedaba de Lotte.

Arriba, Foris se revolvió furioso contra Morphann.

—Hubiera podido salvarla… —protestó.

—Ya no nos servía de nada —contestó el otro fríamente.

—Me presunto cuándo nos sirvió de algo —dijo Foris de malísimo humor—. Es cierto que intentó envenenarme…

—Y que me pidió a mí el veneno y yo le di la pócima, bastante aguada, por cierto. De este modo, tú no padeciste otra cosa que una circunstancial catalepsia, que te permitió adoptar todo el aspecto de un cadáver. Lotte se sintió viuda afligida y cobró su seguro de vida.

—Y yo… —Foris no se había tranquilizado todavía—. Yo tuve que desempeñar el papel…

—El que te corresponde, justamente, amigo mío, y no intentes salirte de él o lo pasarás muy mal. Incluso peor que Lotte.

Foris se estremeció. Maquinalmente, se inclinó fuera del parapeto y miró hacia abajo.

—Cincuenta metros —dijo.

—De noche, no se ven, pero las rocas están a sólo medio metro de la superficie. Forman un plano inclinado y Lotte habrá resbalado a aguas más profundas —calculó Morphann con toda frialdad.

—Habrá que rescatar su cuerpo…

—Eso no corre ahora ninguna prisa. Lo urgente es encontrar a Leonora. ¡Vamos, Foris!

En el absoluto silencio de la noche, las voces llegaban con toda claridad a los tímpanos de Hossuth. El joven corrió las cortinas después de cerrar con todo el cuidado.

Era preciso esconder a Leonora, que continuaba inconsciente.

* * *

La puerta se abrió con todo cuidado. El haz de luz de una linterna eléctrica cayó sobre la cama.

—No está aquí —dijo Morphann, decepcionado.

—¿Duerme el profesor? —preguntó Foris.

—Como un tronco.

—¡Hum! No me fío de él. ¿Por qué no probamos…?

—¿Y que despierte? ¿Qué excusa le daremos?

—Pues si se ha dormido, con todo el ruido que hemos oído, es que tiene un sueño de plomo.

—Quizá le pilló todo en el primer sueño. A muchas personas, en esas condiciones, no las despertaría un cañonazo. Anda, vamos; aquí no hay rastro de Leonora y en el castillo sobran escondites.

La puerta se cerró. Hossuth abrió los ojos.

¿Sudaba?

Si Morphann o el otro se hubieran acercado más habrían visto su frente inundada de sudor. Entonces hubieran comprendido la ficción.

Respiró larga y hondamente. Al cabo de bastantes minutos, se levantó y caminó hacia la puerta, para cerrarla con doble vuelta de llave.

Luego se acercó al enorme armario ropero que ocupaba casi por completo uno de los muros de la estancia.

Abrió la puerta. Cubierta por una manta, Leonora yacía en el suelo del mueble. Hossuth la tomó con todo cuidado y la llevó a la cama.

CAPÍTULO IX

Un suspiro brotó del pecho de Leonora. Abrió los ojos y miró torpemente a su alrededor.

Alguien la ayudó a incorporarse un poco. Una mano acercó una copa a sus labios.

—Beba, está bien —dijo Hossuth persuasivamente.

Leonora probó un poco de licor.

—¿Qué hace usted aquí, profesor? —preguntó.

Hossuth sonrió. Leonora volvía a la consciencia rápidamente. Los efectos de la droga, cualquiera que fuese, terminaban de disiparse.

—Perdón, condesa, pero, en realidad, está usted en mi dormitorio —dijo él.

—¿En su…?

Hossuth asintió.

—Tome otro sorbo. Pronto estará repuesta. Tiene que oír muchas cosas y explicarme otras.

Leonora comprendió que debía seguir los consejos del profesor. Un poco de color apareció en sus pálidas mejillas.

—Si no he oído mal, estoy en su dormitorio. ¿Por qué? —preguntó.

—¿Recuerda usted a Foris?

—Vagamente. Creo que murió… lo arrojaron al lago… Yo le… le succionaba la sangre… Estoy maldita, profesor —gimió la muchacha.

Sentado en el borde de la cama, Hossuth palmeó suavemente las manos de Leonora.

—Usted no es un vampiro, condesa —aseguró—. Dos desaprensivos, con fines que ignoro todavía, la han narcotizado durante semanas, meses quizá, haciéndola dormir en una habitación

secreta situada al otro lado del salón. Dormía durante el día, pero estoy seguro de que usted no padece enfermedad alguna en las retinas.

—El doctor Reffert me dijo…

—Era un psiquiatra, creo.

—Pero, a fin de cuentas, primero se había graduado en medicina y él fue quien observó el mal estado de mi visión y me aconsejó dormir durante el día y vivir por la noche.

—De modo que usted fue a consultar a Reffert —dijo Hossuth.

—Sí. Hubo una temporada que padecía fuertes jaquecas y un médico conocido me aconsejó visitara a un psiquiatra. Esos dolores de cabeza, aseguró, tenían una causa psicológica.

—¿Psicológica? —se asombró el joven.

—Eran… cuestiones de familia. Perdone que ahora no sea más explícita, profesor.

—No importa. La madeja se va desenredando. ¿Recuerda usted sus actos de vampirismo?

—Vagamente. Tengo como una especie de niebla en el cerebro, que me hace ver las cosas a través de un velo muy espeso. Sé lo que he hecho, aunque sin demasiados detalles…

—Así es mejor —dijo Hossuth—. Pero puede tener confianza en una cosa: usted no es un vampiro, sino una persona absolutamente normal, aunque, a mi entender, con la mente demasiado influenciable. O quizá es que la de otra persona es sumamente poderosa.

—¿Quién es esa otra persona, profesor?

—El conde Morphann, naturalmente.

—Ah, ya, el conservador… ¿Usted cree que él…?

—Tengo pruebas más que sobradas. ¿Qué me dice usted del ama de llaves?

—Morphann la contrató. Yo la encontraba demasiado joven y atractiva para este puesto, pero, a veces, las personas se ven obligadas a aceptar determinados puestos.

—Es cierto. Condesa, no sé si usted sentía algún afecto hacia la señora Von Rusch. En todo caso, debe saber que ha muerto. Esta misma noche.

Leonora sintió un escalofrío.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó.

—Podría tratarse de un asesinato, aunque estimo más bien que fue un accidente, motivado por los remordimientos. Lotte intentó envenenar a su marido, para cobrar el seguro de vida. Le creía muerto, pero resultó que sigue con vida. Es el hombre a quien conoce usted como Foris.

—No le recuerdo muy bien…

—Usted ha creído que le sorbía la sangre. No era más que un truco teatral. Probablemente, la sangre no era sino un líquido coloreado, inofensivo, por supuesto. Pero usted, bajo la hipnosis, no podía saberlo, lógicamente.

—Sin embargo, no comprendo por qué hacen todo esto —dijo Leonora.

A Hossuth se le ocurrió una hipótesis.

—¿Es usted la propietaria de Zuwalath? —preguntó.

—Sí, desde luego.

—Y dueña también de las tierras que rodean el lago.

—En efecto. Es una posesión muy extensa, pero su valor es casi nulo actualmente.

—¿Por qué?

—Está demasiado cerca de la frontera húngara. Además, no son terrenos cultivables. Y hoy día, pero sobre todo en un paraje semejante, nadie querría convertirse en el dueño de una propiedad de oneroso mantenimiento.

—¿Acaso tiene usted dinero para sostener los gastos?

Leonora sonrió tristemente.

—Mi fortuna, que no fue nunca demasiado elevada, está a punto de agotarse. No podré pagar los impuestos del próximo año y el estado austriaco me embargará la propiedad.

Hossuth frunció el ceño.

—Entonces, si esto no vale nada, salvo en el aspecto artístico, ¿qué diablos pretende esa pareja?

Leonora guardó silencio. El joven entendió que ella no se sentía con fuerzas para aclarar aquel enigma.

* * *

—Quiero hacerle una pregunta, Leonora —manifestó Hossuth, tras unos momentos de reflexión.

—Sí, profesor.

—El animal heráldico, ya sabe, esa serpiente con cabeza de demonio, ¿dónde tuvo su origen?

—Parece ser que el constructor del castillo, hace ya cientos de años, tenía tratos con el diablo, al decir de las gentes. Quizá era sólo un humorista… o tal vez un hombre dado a las ciencias ocultas…

—Un alquimista, vamos.

—Sí, justamente. Pero yo sospecho que debía ser un hombre de acusado humor. Debió también de ser muy poderoso, para evitar un proceso por brujería que lo hubiese llevado indefectiblemente a la hoguera. En todo caso, la idea de esos animales partió de él.

—Y hoy, todavía, dicen en Kiittmannsburg, que el diablo mora en este castillo —sonrió Hossuth—. Condesa, usted me escribió, invitándome a trabajar en la biblioteca.

—Es cierto. Pero sospecho que alguien leyó mi carta.

—Es verdad —admitió el joven.

—Por eso añadí la posdata, cuando estuve segura de que ya no sería leída por segunda vez. Mi nombre no le diría a usted nada; aunque sí el incidente de Simmeringer Hauptstrasse estimularía su memoria.

—Hizo bien —aprobó Hossuth—. Por cierto, ¿quién era el hombre que la atacó en aquella calle?

—David, el criado.

—Yo hubiera jurado que era Morphann, pero, claro, la oscuridad no permitía distinguir bien sus facciones. ¿Recuerda el atropello?

—Sí, aunque yo eché a correr de inmediato. ¿Qué pasó después? Porque sé que David está vivo…

—Sólo fue un golpe sin importancia. Debió de restablecerse muy pronto —mintió Hossuth, que no quería contar a la joven la horrible escena presenciada después del accidente—. ¿La perseguía David?

—Sí. Morphann y yo habíamos venido a Viena a visitar al doctor Reffert. Yo me consideraba ya curada Quise salir una noche, disfrutar un poco… pero, al parecer, Morphann no pensaba igual que yo.

—Y la hizo venir a Zuwalath.

—En efecto, aunque no recuerdo las condiciones en que hice el viaje.

—Hipnotizada, seguro —adivinó Hossuth—. Todavía una

pregunta más, condesa.

—Desde luego, profesor.

—Durante el día, dormía usted en la habitación secreta. Es de presumir que no se enteraba siquiera de ello, dado que estaba bajo hipnosis. Pero ¿qué hacía el resto de la noche?

—Después de la cena, me retiraba a mi habitación. Está al lado; es la contigua a este dormitorio.

Hossuth asintió pensativamente. Tenía una ventaja sobre Morphann y su cómplice. Ellos ignoraban la existencia de una comunicación entre los dos dormitorios.

—Bien, condesa, he de decirle algo muy importante —habló al cabo—. A partir de ahora, residirá en mi habitación.

Leonora se asombró de aquellas palabras.

—Pero yo tengo mi propio dormitorio.

—¿Una habitación secreta, con un ataúd como féretro?

Ella sintió un escalofrío.

—Yo dormía en ese lugar tan horrible…

—La obligaban a dormir, que es muy diferente. Dígame, ¿confía usted en David y en Kira?

Leonora hizo un gesto de duda.

—Son nuevos, relativamente —contestó—. Por lo que he oído, llevan poco tiempo en Zuwalath.

«Y Kira —pensó Hossuth— parecía unida a Morphann por unos lazos que no eran sólo los del interés».

—Arreglaremos este asunto —sonrió—. Será cuestión de un día, dos, todo lo más.

—Los criados entrarán por la mañana a ordenar el dormitorio…

—Sea el que sea, el que entre no la verá a usted.

* * *

La mañana resultó un tanto divertida para Hossuth. Dejó deliberadamente abierta la puerta de la biblioteca. Morphann iba y venía continuamente por todas partes.

Buscaba a Leonora, se dijo el joven. Pero si confiaba en Kira, ya debía de saber que no estaba en su dormitorio.

Después del almuerzo, Hossuth se hizo el encontradizo con Morphann.

—Ah, conde, necesitaría ir a Kiittmannsburg para unos asuntos

de poca monta. Un par de telegramas de felicitación.

—No hay ningún obstáculo, profesor —respondió Morphann, cortésmente—. Usted es libre de entrar y salir en el castillo cuando guste.

—Mil gracias, conde. ¿Tendrá la bondad de ordenar a David que haga bajar el puente levadizo?

Morphann contestó con un asentimiento de cabeza. Hossuth salió al patio acristalado. Momentos después David apareció y se dirigió al molinete que accionaba las cadenas del puente.

Hossuth arrancó y se dirigió sin más dilación a la aldea. En la pequeña oficina de Correos encontró correspondencia dirigida a su nombre, entre la cual había un rollo de casi un metro de largo, por seis o siete centímetros de diámetro. El papel encubría un embalaje de cartón fuerte y Hossuth sopesó el cilindro en la mano, hasta que, de pronto, vio la etiqueta del remitente y sonrió.

Luego se dirigió a la taberna. Hagen se mostró asombrado de verle todavía por aquellos parajes.

—Creí que se habría vuelto ya a Viena, profesor —dijo, mientras llenaba una jarra de cerveza.

—Adonde me vuelvo es al castillo, Karl. Sólo vine en busca del correo, que había encargado me dirigieran aquí, y a charlar un momento con usted.

Hossuth ocultó sus intenciones de hablar también con el padre Dempfner. Por el momento, le convenía un máximo de discreción, aparte de que resultaría interesante contrastar las informaciones que obtuviera.

Hagen puso la jarra sobre el pulido mostrador.

—Estoy a su disposición, profesor —manifestó.

Hossuth tomó unos sorbos de la bebida. Luego empezó a hacer preguntas al tabernero.

Las respuestas fueron interesantes. Hossuth procuró cribar, apartando los que estimaba hechos irrefutables, de leyendas sin base, apoyadas sobre todo en rumores y comentarios que habían ido de boca en boca.

Al cabo de un buen rato, depositó dos monedas de diez *schillings* sobre el mostrador.

—Creo que se ha merecido una buena propina, Karl —dijo, sonriendo.

—Le deseo mucha suerte, profesor —contestó Hagen—. Y ya sabe, si se encuentra con el diablo, use el agua bendita.

Hossuth agitó una mano al salir. De repente, vio pasar un coche en dirección al castillo.

La calle principal de Kiittmannsburg trazaba una gran curva, que obligaba a reducir notablemente la velocidad. Hossuth pudo así distinguir las facciones del conductor, quien, atento al volante, no se fijó en la persona que salía de la taberna.

Victor parpadeó. En realidad, le había echado en falta casi desde el primer día de su llegada a Zuwalath. Pero ahora encontraba lógico que Hans se encaminara al castillo.

No sabía más del sujeto, salvo su nombre y su fenomenal musculatura. Tendría que moverse con más cuidado a partir de aquel momento.

Después de hacer algunas compras, se encaminó hacia la parroquia. Ahora era cuando debía hablar con el padre Dempfner.

CAPÍTULO X

Estaba completamente absorto en la lectura de un periódico, de modo que no se dio cuenta de que alguien se le acercaba con paso sigiloso. Una llamita brotó de repente del borde inferior del diario.

Hans se levantó de un salto, a la vez que manoteaba frenéticamente para apagar el fuego. Delante de él, Hossuth se puso los pulgares en las orejas y sacó la lengua.

—¡Soy el diablo, uhu…! —canturreó—. Puedo hacer arder a cualquier persona o cosa con el solo deseo de mi voluntad, uhu…

El periódico; consumido a medias, yacía en el suelo. Hans dirigió una colérica mirada a Hossuth.

—Profesor, esta broma no tiene nada de graciosa —dijo.

—Usted convierte en bolas los ceniceros de metal. Yo hago arder a distancia a las cosas… y a las personas —sonrió el joven.

—Ha empleado un fósforo…

Hossuth enseñó las vacías palmas de sus manos.

—¿Dónde está? —Contestó casi provocativamente—. Y, a propósito, Hans, aún desconozco su apellido.

—Schuffer —dijo el sujeto con seco acento—. ¿Necesita algo más de mí, profesor?

—Usted, creo recordar, fue el que me visitó para indicarme la inconveniencia de venir a Zuwalath. ¿De quién recibió esas órdenes?

Los ojos de Schuffer despedían fulgores de ira. Hossuth llegó a temer un ataque personal del gigantesco sujeto. Pero, súbitamente, se oyó una voz en lo alto de la escalera:

—¡Hans, sube inmediatamente!

Hossuth volvió la cabeza. Esteban Morphann se hallaba en el arranque de la escalinata, con una mano apoyada en la barandilla de piedra ricamente labrada.

—Sí, al momento, señor conde —respondió Schuffer.

—Profesor, ¿ha resultado agradable su excursión a Kiittmannsburg? —preguntó Morphann.

—Diríase que fue un viaje de rutina. Recogí alguna correspondencia, envié un par de telegramas de felicitación y tomé una jarra de cerveza en la taberna. Eso ha sido todo, conde —dijo el joven.

Morphann inclinó levemente la cabeza. Schuffer estaba ya a su altura y los dos hombres desaparecieron de la vista de Hossuth.

De repente, Hossuth reparó en el periódico medio quemado que Schuffer había abandonado en el suelo. Los titulares de una noticia atrajeron poderosamente su atención.

Se inclinó para recoger el diario. La fecha correspondía al día siguiente a la muerte del doctor Reffert. Había una completa descripción del incendio y se mencionaba el informe provisional del forense.

Algo atrajo sobremanera la atención de Hossuth. La noticia, tanto en la pluma del periodista como en la boca de los testigos, daba como implícita la muerte del psiquiatra, pero no lo afirmaba rotundamente en ningún caso. Para todo el mundo, aquel pobre individuo que había ardido como una antorcha era Reffert…, pero había que esperar a que su identidad se comprobase de manera irrefutable.

Surgieron algunas arrugas en la frente de Hossuth. El hombre que había muerto en el incendio, ¿era o no el doctor Reffert?

Una suave voz femenina interrumpió sus meditaciones:

—¿Le sirvo la cena, profesor?

Hossuth se volvió. Kira, situada a dos pasos de distancia, le miraba sonriente, casi provocativa, el pie izquierdo ligeramente adelantado y la mano del mismo lado en la cadera, un tanto saliente a causa de la postura.

—Cuando guste, Kira, pero antes permítame hacerle una consulta —dijo el joven.

—Sí, profesor, estoy a sus órdenes.

—Me gustaría charlar un rato con usted. A solas, sin testigos… sin temor a ser interrumpidos en ningún momento. Oh, por supuesto, no vaya a pensar mal de mí…

Las espesas pestañas de Kira aletearon insinuantemente.

—El señor profesor puede venir a mi habitación a la hora que más le agrade, después de las once de la noche —contestó—. Segundo piso, tercera puerta 3 la derecha —indicó.

Hossuth omitió el hecho de que ya conocía el emplazamiento del dormitorio de Kira.

—Estaré allí a partir de las once…, aunque no mucho más tarde —contestó—. Y ahora, por favor, ¿quiere servirme la cena?

—Con muchísimo gusto, profesor.

* * *

En el salón, Morphann, acompañado de Schuffer, contempló especulativamente el cilindro que Hossuth se había traído de Kiittmannsburg.

—¿Qué diablos es eso, Hans?

Schuffer se encogió de hombros.

—Le llegó por correo a la aldea —contestó.

Morphann tomó el cilindro. Miró a través de une de sus extremos, ya no estaba el papel de embalaje, y divisó algo que parecía un pergamino enrollado.

La curiosidad fue más poderosa que él. Sacó el supuesto pergamino y lo desenrolló. Un momento después, lanzaba un bufido lleno de desdén.

—Creí que sería algo más importante —dijo.

—¿Qué es, señor? —preguntó el otro.

—Un diploma. Nuestro competente profesor de Historia obtuvo medalla de plata en el concurso nacional de esgrima, para «*amateurs*».

Schuffer soltó una risita.

—Es natural —comentó—. Un profesor de Historia, dedicado a enseñar batallitas, tiene que saber manejar la espada.

Morphann lanzó una severa mirada al individuo, Schuffer carraspeó.

—Está bien —dijo el primero—. Es preciso continuar la búsqueda de Leonora. De lo contrario, ya podemos despedirnos de nuestras esperanzas.

—Quizá escapó a nado…

—En tal caso, ya hubiéramos tenido noticias de la policía. Sigue aquí, en el castillo…, pero Leonora lo conoce bastante bien y hay

cientos de sitios donde una persona podría esconderse durante meses, sin que nadie la encontrase.

—De todos modos, tarde o temprano, hay algo que la obligará a abandonar su refugio, conde.

—¿Qué es, Hans?

—El hambre, señor.

* * *

Después de limpiarse los labios, Leonora miró al joven y se sonrió, mientras se daba un par de palmaditas bajo el seno.

—No está bien que lo diga, pero tenía un hambre de lobo —manifestó alegremente.

—Lo celebro infinito, condesa…

—¿Por qué no emplea mi nombre? ¿Tan distante se cree de mí, en posición social y en edad?

—Bien, no es eso precisamente. La costumbre…

—Deje la costumbre a un lado —sonrió la muchacha, infinitamente más atractiva con los colores naturales en las mejillas —. Usted se llama Victor.

—En efecto.

—Pues bien, Victor, dígame de una vez qué noticias ha traído de la aldea.

—De notable interés, todo es preciso decirlo —contestó el joven —. Incluso añadiría que creo conocer los motivos por los cuales Morphann y sus acólitos ejercían presión sobre usted de tan cruel manera.

—Es una noticia muy buena —dijo Leonora—. Cuénteme, por favor.

Hossuth habló durante unos minutos. Al terminar, su rostro tenía una grave expresión.

—Yo también creo recordar algo por el estilo, aunque lo que pueda ser está envuelto por una espesa niebla en mi cerebro —declaró.

—Quizá se lo dijeron a usted cuando era muy pequeña y ahora no consigue recordar con toda claridad —supuso Hossuth.

—Es probable. Pero ellos creían que yo… ¿Usted lo cree también?

Hossuth se encogió de hombros.

—Después de la guerra, se propalaron miles de historias del mismo género. Estoy seguro de que se trata sólo de una leyenda sin fundamento… En todo caso, no se conoce el sitio exacto donde pueda hallarse.

—¿Lo buscará usted?

—Esta noche tengo que hablar con Kira. —Hossuth consultó su reloj—. Y ya faltan pocos minutos para la hora que hemos acordado.

—¿Estima que Kira puede decirle algo, Victor?

—Tal vez. No olvide que es uno de los cómplices de Morphann.

—Pero ello mismo la obligará al silencio…

Hossuth sonrió.

—Personalmente, opino que es uno de los cómplices con mayor debilidad, y no me refiero precisamente al físico. Pero vale la pena tentar la aventura.

—Suerte, Victor —le deseó ella.

—No olvide mis consejos, Leonora —recordó el joven, a la vez que se dirigía hacia la puerta.

Cuando iba a abrir, oyó voces:

—Tendría que estar en su habitación: es la hora de que esté despierta…

Morphann y su acompañante se alejaron hacia la planta baja.

—Lo que yo le digo, conde; esa chica se ha largado a nado —insistió Schuffer.

—Imposible. Hemos estado vigilando constantemente. Todavía hay luna; Foris está arriba, en la torre Oeste. La vería, si intentase escapar por ese medio.

Schuffer emitió un gruñido. Para Hossuth no estaba demasiado convencido de los argumentos de Morphann. Pero éste, en cierto modo, tenía razón: había demasiados aposentos en el castillo para no poder esconderse en alguno de ellos con grandes posibilidades de no ser encontrada.

Hossuth aguardó todavía unos minutos. Luego salió y echó a correr silenciosamente hacia el segundo piso.

Abrió la puerta señalada. El dormitorio estaba alumbrado solamente por una vela de notable grosor, situada sobre un candelabro de pie. Kira sonreía incitantemente.

—Adelante, Victor —dijo con voz llena de promesas.

Hossuth cerró a sus espaldas. Ello le impidió ver que la otra puerta se abría y que David salía de su dormitorio.

—Es usted muy hermosa, Kira —dijo el joven.

—Me gustaría que esas palabras fuesen algo más que un halago —contestó ella—. He preparado algo de bebida —añadió—. Es cosa que siempre acompaña a un diálogo amistoso. ¿Brandy?

—Gracias, una copita.

Kira lleno la copa y se la entregó a su visitante.

—¿Usted no bebe? —preguntó Hossuth.

—No pruebo el alcohol. Pero no me quejo si a oíros les gusta.

—Una copa siempre ayuda a entrar en materia, Kira.

—¿Acaso hemos de tratar algo importante?

La doncella continuaba sonriendo de un modo singular. Ya no usaba el severo traje negro, con cofia, cuello, puños y delantal blancos. Su cuerpo, de formas rotundas, aunque no por ello menos esbelto, estaba cubierto por un aparatoso peinador de tules de color rojo fuego. Era un agradable contraste con su cabellera de ébano y la blanca piel de su tez.

—A estas horas, Kira, ¿de qué pueden tratar un hombre joven y una mujer muy hermosa? —contestó él.

La joven seguía sonriendo. Hossuth avanzó hacia ella. Le convenía atraerla a su bando. Le hubiera gustado emplear otro procedimiento; tenía la sensación de que, en cierto modo, traicionaba a Leonora, pero era la única salida que le quedaba.

Abrazó a la joven. Kira se estrechó con fuerza contra él y buscó sus labios con avidez.

Transcurrieron algunos segundos. Los labios de Kira descendieron ligeramente y se apoyaron en el cuello del joven.

—¿No serás un vampiro? —dijo Hossuth sonriendo.

—Esos seres no existen, Victor.

De pronto, Kira se separó de Hossuth. Éste la observó sumamente agitada, con violentas palpitaciones en el pecho, debido a una entrecortada respiración.

—¿Té sucede algo? —preguntó.

Kira movió la cabeza.

—No, no… —Alargó los brazos, que emergieron como blancas serpientes de mórbidos contornos de los tules rojos—. Ven, querido, ven…

Hossuth avanzó hacia ella. Estaban junto al candelabro. La llama de la vela se apagó repentinamente.

Capítulo XI

Foris von Rusch estaba en las almenas de la torre, abrigado con un chaquetón de cuello de piel, maldiciendo amargamente su mala suerte, a la vez que pateaba de vez en cuando el suelo enlosado, a fin de hacer reaccionar a sus pies, casi helados. Bajo él, a cincuenta metros de distancia, se extendían las plateadas aguas del lago, quietas, con su superficie tan lisa y pulida como la de un espejo.

De repente, creyó oír pasos en la escalera que conducía a la plataforma de la torre. Volvió la cabeza un instante y divisó una forma negra que emergía por el hueco.

—Ah, conde, ¿es usted? Por ahora, no hay novedad; la chica sigue en el castillo…

Foris se había apoyado negligentemente en el parapeto. Tenía un cigarrillo sujeto con los labios y se disponía a encenderlo.

—Y ya que hablamos de la chica, ¿cuándo diablos viene mi relevo? —se quejó—. Hans ha llegado ya, de modo que podría subir aquí un rato…

Foris no recibió ninguna respuesta. Extrañado, empezó a volverse, pero, en el mismo momento, aquella forma negra se arrojó contra él.

Hubo un revoloteo de oscuros ropajes. La gran capa pareció envolver por completo a Foris, de cuya garganta empezó a salir un grito, cortado rápidamente.

La voz de Foris se transformó en un horrible gorgoteo. El hombre se agitó con violencia bajo la negra capa. Estuvo así unos momentos, pero, de súbito, Foris recobró las fuerzas y logró rechazar a su atacante.

La luz de la luna dio en el rostro del hombre de la capa. Foris divisó unas facciones horripilantes, en las que resplandecían dos rojas pupilas. También vio una boca ensangrentada.

El horror le hizo retroceder. El hombre de la capa se arrojó nuevamente sobre él.

Foris saltó al vacío. Un horrible alarido brotó de sus labios, cortado instantes después por el espeluznante ruido de un cuerpo al chocar contra algo duro.

Morphann y Schuffer estaban en uno de los dormitorios y lo abandonaron a la carrera. Al asomarse a una ventana, vieron un cuerpo inmóvil, justo sobre el borde del puente de mampostería en que se apoyaba el levadizo cuando estaba bajado.

—¡Rayos, es Foris! —Se aterró Schuffer.

—Vamos a ver, rápido —dijo Morphann.

* * *

Hossuth oyó el grito y se sobresaltó. Buscó fósforos, encendió uno y se acercó al candelabro para encender la veía.

—¿Qué ha podido ser eso? —preguntó.

—No te preocupes —contestó Kira, lánguidamente, desde el lecho. ¿Qué puede importarte lo que sucede fuera de aquí?

—Voy a ver. Regresaré pronto —mintió Hossuth.

La entrevista con Kira había resultado menos fructífera de lo esperado. Además, aquel horrible chillido la había interrumpido. Hossuth sentía ahora vivos deseos de hallarse de nuevo junto a Leonora.

Desde la puerta, dirigió una sonrisa a la joven.

—Acordaremos una nueva entrevista —dijo.

—Sí, cuando quieras —sonrió Kira.

Hossuth abandonó el cuarto y emprendió el descenso al piso inferior. En aquel momento, oyó el inconfundible chirrido de las cadenas del puente levadizo.

La curiosidad le hizo asomarse a una ventana. Momentos después, divisaba a dos hombres que cruzaban el puente a la carrera.

Hossuth se percató de que el puente había quedado a un metro de altura del punto donde se apoyaba corrientemente, Los dos hombres saltaron al suelo de losas y, tras inclinarse, arrastraron con las manos una forma que dejaba tras sí un ancho rastro de algo oscuro.

El joven se estremeció. Una voz llegó a sus oídos:

—¡Es Foris!

—Pero ¿cómo ha podido este idiota caerse desde allá arriba…?

De repente sonó una exclamación:

—¡Mire lo que tiene en el cuello!

Morphann se inclinó más todavía. Luego, se alzó, temblando como un azogado.

—Ha sido ella, ella… Ha llegado a creérselo de una manera total y atacó a este pobre desdichado para sorberle la sangre…

—¡Cielos! —Se alarmó Schuffer—. Si se ha vuelto un vampiro, podemos pasarlo mal, conde.

—Ella lo pasará peor. Tarde o temprano la encontraremos y hablará. Después…

Morphann inspiró profundamente. Al cabo de unos instantes logró rehacerse.

—Hans, es preciso buscar algo para lastrar el cadáver —dijo.

—Sí, señor.

—Luego nos ocuparemos de buscar a Leonora. La encontraremos, te lo aseguro. Ah, y no te olvides de limpiar la sangre.

—Descuide, señor.

Hossuth no quiso escuchar más. Cerró la ventana con todo cuidado y escapó en dirección a su dormitorio.

Abrió la puerta. Su sorpresa fue enorme al ver que Leonora no se hallaba en la estancia.

Corrió al armario. La muchacha tampoco estaba allí, ni bajo la cama ni en el baño.

Debía de haber escapado aterrorizada, se dijo. Tal vez el pánico la había enloquecido y ahora vagaba por el interior de aquel inmenso castillo. Si Morphann y Hans la atrapaban…

Además, era preciso curar su mente. Las torturas psíquicas a que había sido sometida, la habían llevado a convertirse en un vampiro. Ciertamente, no un ser de leyenda, pero sí en una persona que ya había adquirido una incurable afición a la sangre humana.

Pero Morphann y Hans merodeaban ahora por el castillo. Debía esperar a que se retirasen, para iniciar él la búsqueda.

Tenía los nervios a punto de estallar. Sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Encendió un fósforo, pero, de pronto, notó un suave contacto en el hombro derecho.

Lentamente, volvió la cabeza y contempló con horror la blanca mano que se apoyaba en aquella región de su cuerpo.

* * *

—¡Hola, Victor! —Sonó alegre la voz de Leonora—. Por favor, ¿quiere ayudarme a salir de aquí?

Hossuth se volvió. La cerilla le quemó los dedos, pero no lo sintió.

—¡Leonora! —gritó—. Pero ¿cómo…?

Ella, tumbada boca abajo, alzó la cabeza un poco para mirarle con hechicera sonrisa.

—Me siento muy incómoda —dijo.

Hossuth terminó de apartar el cuadro que ocultaba el hueco. Alargó ambas manos y tiró de la joven, hasta que ella pudo apoyar los pies en el suelo.

—¡Uf! —Dijo Leonora, a la vez que se arreglaba el revuelto cabello—. He pasado un miedo espantoso. Creí que me descubrirían, aunque, por fortuna, no ha sido así.

Hossuth miraba a la muchacha como si no acabase de creer en lo que veía y oía.

—Leonora, por favor, dígame una cosa —pidió—. ¿Ha estado en la habitación todo el rato?

—Claro que sí. No me he movido para nada… Lo que sucede es que oí hablar a esos dos hombres en mi dormitorio y comprendí que iban a venir a registrar el suyo a fondo. Acabarían por descubrirme, así que pensé que lo mejor era esconderme en un lugar que para ellos resulta absolutamente desconocido. Ignoro por qué no conocen ese hueco, yo misma no lo sabía hasta que usted me lo enseñó, pero lo cierto es que me sirvió a las mil maravillas para ocultarme por completo. Se volvieron locos buscando, créame, Victor, pero, de pronto, alguien gritó y escaparon a la carrera. ¿Qué ha pasado? —preguntó Leonora ansiosamente.

—Usted no se imagina por qué quiero yo saber si ha estado todo el tiempo en la habitación. Foris ha muerto.

Ella palideció.

—¿Cómo ha sido? —inquirió.

—Cayó desde lo alto del torreón Oeste y se estrelló contra el borde del puente de piedra. Pero han encontrado en su cuello

señales de la mordedura de un vampiro.

—Victor, por lo que más quiera, le juro que yo no…

—La creo —dijo Hossuth—. Pero eso significa que existe un vampiro auténtico en Zuwalath.

Leonora expresó su horror con una exclamación:

—Imposible, son leyendas…

—A veces, las personas son atacadas por manías. Una de ellas, puede consistir en creerse un vampiro. Yo mismo llegué a pensar eso de usted, ya que ha permanecido tanto tiempo bajo el influjo hipnótico de Morphann.

—No, no, a mí me horroriza la sola idea de morder a una persona para sorberle la sangre. Pero, en tal caso, ¿quién ha podido ser?

Hossuth meneó la cabeza.

—Kira, no, desde luego. Estaba con ella cuando Foris se despeñó desde el torreón —dijo.

Una vez más, volvió a recordar la extraña forma que se había deslizado por la grieta del cuarto de Lotte, cuando el ama de llaves había creído ver al demonio. De pronto, sonaron voces:

—Aquí no está tampoco, conde.

—El profesor se hallaba ausente hace rato. Vamos a ver si ha vuelto a su dormitorio, Hans.

Hossuth empujó a la muchacha.

—Aprisa, escóndase —dijo.

Leonora volvió a desaparecer en el hueco. Hossuth colocó el cuadro en su sitio y empezó a quitarse las ropas.

La puerta se abrió súbitamente. Hossuth arqueó las cejas.

—Conde Morphann, creo que su cargo de administrador-conservador no le autoriza a entrar en el cuarto de un huésped —dijo, fingiendo hallarse sumamente irritado.

Morphann no hizo caso del reproche.

—Buscamos a la condesa —declaró—. Lamento la intromisión, pero es urgente que la encontremos.

Hossuth extendió una mano.

—Adelante, si creen que yo la escondo —invitó.

—No he dicho que usted la oculte en su dormitorio, profesor.

—Pues si vienen a registrar aquí, es que lo sospechan, ¿no?

—Usted ha estado ausente de su dormitorio largo rato.

—Lo admito.

—En tal caso, ella pudo venir aquí. ¿Nos permite, profesor?

—No hay inconveniente, conde.

Morphann y su acólito pasaron al dormitorio. Minutos después, chasqueados, iniciaban la retirada.

—Profesor, desearía hacerle una pregunta —dijo el primero.

—Estoy a su disposición, conde.

—¿Dónde ha ido esta noche? ¿En qué lugar ha permanecido casi una hora?

Hossuth sonrió.

—No he hecho nada malo, puedo asegurárselo —manifestó—. Sin embargo, la más elemental discreción me impide responder a su pregunta.

Los ojos de Morphann centellearon.

—Lo que acabo de escuchar, corrobora mis suposiciones —dijo —. Profesor, por si no está enterado de ello, debe saber que Foris von Rusch ha sufrido un accidente. Vigilaba en la torre Oeste y cayó de lo alto, matándose.

—Avisarán a la policía, supongo.

—Desde luego. Buenas noches, profesor.

—Buenas noches… a los dos.

Schuffer lanzó una mirada de odio a Hossuth. El joven le sacó la lengua.

La puerta se cerró y suavemente, Hossuth sonrió, pero, a los pocos momentos, un rictus de grave preocupación alteró sus facciones.

Tenía que buscar el medio de salir del castillo con Leonora. Pero debían hacerlo sin que se enterase aquella pareja de criminales. Morphann y su esbirro eran capaces de cualquier cosa… incluso de matar a la muchacha.

CAPÍTULO XII

El nuevo día llegó. Hossuth apenas si había descabezado un sueñecillo, sentado en un sillón, mientras Leonora dormía en su propia cama. Las provisiones que había traído de Kiittmannsburg sirvieron para el desayuno de la joven.

—Yo desayunaré en el salón, a fin de no despertar sospechas —dijo Hossuth.

—Si viene Kira a arreglar el cuarto, me esconderé —declaró Leonora.

—Esperaremos a que haya terminado. Entonces yo trataré de preparar la escapatoria.

—¿Cómo lo haremos, Victor?

—El principal obstáculo es el puente levadizo. Si pudiera bajarlo y luego inutilizar el molinete…

—¿Por qué?

—Es bien sencillo: podríamos salir disparados del castillo. Escapar a nado podría resultar peligroso.

—Sí, ya entiendo. —De pronto, Leonora exclamó—. Victor, creo que tengo la solución.

—A ver, explíquese —solicitó él ávidamente.

—Cuando haya conseguido bajar el puente, quite la manivela del molinete. Es un mecanismo que se perfeccionó hace pocos años, por medio de una multiplicación de engranajes. Sin manivela, no podrán alzarlo.

Hossuth chasqueó los dedos.

—Es una buena idea —aprobó—. Está bien, tensa cuidado.

—No se preocupe —sonrió la muchacha—. He aprendido a esconderme.

Hossuth abandonó el dormitorio y descendió al salón. Kira se presentó a los pocos momentos.

—¿Le sirvo el desayuno, profesor? —preguntó con encantadora sonrisa.

—Tengo un hambre de lobo, Kira.

—Sí, señor profesor.

La joven se marchó para volver a los pocos minutos, empujando el carrito. Mientras servía, Hossuth dijo:

—Morphann estuvo en mi dormitorio a la madrugada. Se había enterado de mi ausencia.

—Curioso, ¿no?

—Me preguntó dónde había estado. Yo le dije que resultaba incorrecto no sólo hacer ciertas preguntas, sino ni siquiera contestarías.

—Se pondría furioso —comentó Kira con displicencia.

—Echaba chispas.

—Le detesto. Jugaba conmigo y con el ama de llaves. Y no digamos con la condesa.

—¿Cómo? ¿También…?

—Bien, lo intentó, pero siempre fracasó. La condesa puede estimarle como empleado, pero nada más.

—Su orgullo se sentiría herido.

—Exactamente. Ahora la condesa se ha marchado. Me alegro.

—¿De veras, Kira?

La doncella asintió.

—Morphann acabará mal. Como Hans…, como acabaron Lotte y su esposo —vaticinó.

—¿Qué sabes de esa pareja?

—Por lo visto, ella se creía viuda, pero no era así. Enloqueció al ver vivo a su marido. Pero tengo la impresión de que antes del supuesto asesinato no era precisamente un modelo de fidelidad conyugal.

—Eres muy cáustica, Kira —sonrió Hossuth.

—Digo la verdad, Victor…, perdón, profesor.

—Estamos solos, por favor.

—No conviene relajar la guardia —dijo la doncella.

—Eso es cierto. ¿Puedo hacerte una última pregunta?

—No faltaría más, profesor.

—Días atrás, y perdóname desde ahora, entré en tu habitación. Dormías profundamente, a pesar de que la hora era bastante

avanzada.

—Había pasado una noche bastante agitada. El castillo da más trabajo de lo que parece —se despidió Kira finalmente.

Hossuth pensó que no se había atrevido a preguntarle por qué entró con Morphann a través de un pasadizo secreto en la habitación situada al otro lado de la chimenea. Era una lástima, pero ya pensaba en la fuga y no podía quedarse en Zuwalath más tiempo, a fin de lograr una mayor confianza por parte de Kira.

Encendió un cigarrillo y contempló distraído las volutas de humo que emergían del tabaco. Durante unos minutos permaneció así. Luego, al terminar de fumar, se puso en pie.

Subió a su dormitorio. Leonora estaba escondida en el hueco.

—Voy a bajar el puente. Esté preparada —avisó.

—De acuerdo, Victor —contestó la muchacha.

—¿Necesitará ayuda para salir?

—No, Lo haré dentro de dos minutos, exactamente.

—Muy bien. Sea rápida, Leonora.

—Váyase tranquilo.

Hossuth volvió a salir del dormitorio. Durante su camino hacia el patio que daba al puente levadizo, no se encontró con nadie. Pronto estuvo situado junto al molinete.

Estudió la manivela, que pese a todo, era bastante grande. Quedaba sujeta al eje por un bulón de fácil extracción. Soltó el retén y empezó a frenar el descenso natural del puente, aferrando la manivela con ambas manos.

Las cadenas chirriaron. Era cuestión de un minuto, como máximo. Leonora bajaría, saltarían al coche y…

El borde externo del puente levadizo tocó los estribos en que se apoyaba. Hossuth quitó el bulón y extrajo la manivela. Luego corrió para arrojarla al lago.

Volvió al patio y se sentó tras el volante. Hizo arrancar el motor y, en el mismo instante, divisó a Morphann parado en la puertecita de acceso al patio.

La sonrisa que aparecía en el rostro del conde le hizo presentir lo peor.

—Puede abandonar el castillo, si gusta, profesor —dijo Morphann—. Pero estimo que un caballero no abandonaría nunca a una dama en apuros. En muy graves apuros —añadió, riendo

sardónicamente.

Hossuth cerró el contacto y se apeó.

—¿Dónde está Leonora? —preguntó, con voz cortante.

Morphann se volvió ligeramente, a la vez que extendía una mano:

—Si el profesor desea conocer la suerte que ha corrido Leonora, condesa Witebska, hará bien en seguirme —invitó.

* * *

Leonora estaba sentada en uno de los sillones del salón. Frente a ella, con una pistola en la mano, se hallaba Schuffer.

—Vaya —comentó Hossuth, tratando de mostrarse valiente—, parece que ahora usan armas enteramente… humanas.

—Una pistola siempre es un elemento disuasorio que surte efectos irrebatibles —contestó el conde.

—Ya —dijo Hossuth—. ¿Qué hará con ella? ¿Hipnotizarla otra vez para que vuelva a creerse un vampiro?

—¡Victor! —exclamó Leonora de pronto—. Ese hombre no es Morphann. ¡Su verdadero nombre es Reffert!

Hossuth se quedó con la boca abierta.

—Pero ¿cómo…?

Entonces recordó que durante aquellos dos días, Leonora no había visto al hombre a quien conocía como Morphann. El influjo hipnótico había sido eliminado por completo de su mente.

—Ahora lo veo claro —añadió ella—. Siempre me hizo creer que era Morphann. Estaba sugestionada de tal modo, que veía el rostro del conde cuando lo cierto era que pertenecía a Reffert.

—Esto parece que empieza a tomar consistencia —dijo Hossuth —. Por eso el periódico de Viena no daba una seguridad absoluta sobre la identidad del hombre que ardió en la casa del doctor Reffert. ¿Acaso era Morphann, doctor?

Reffert se encogió de hombros.

—Puesto que lo sabe, es inútil negarlo —contestó.

—Pero ¿cómo se hizo el cambio?

—Hubo un tiempo en que yo sufría de jaquecas, recuérdelo —manifestó la muchacha—. Fui a consultar al doctor Reffert. Morphann me acompañó. Entonces fue cuando los dos debieron acordar el plan, pero, pollo visto, la influencia hipnótica de Reffert

cesaba a poco de alejarme de él. Entonces fue cuando decidió trasladarse a Zuwalath.

—Pero en Viena conocerían su ausencia…

—Había cerrado la consulta, Victor.

—Yo hablé con él, Leonora.

—Sería Morphann. Tengo entendido que fue a recoger de los archivos de Reffert todo lo referente a mis visitas.

Hossuth se volvió hacia el psiquiatra.

—Y usted aprovechó para deshacerse de un cómplice molesto. El fuego resultaba ideal para hacer creer a todo el mundo que Reffert había muerto —dijo.

—Otra de las cosas tan evidentes que, por lo mismo, no necesitan de una negativa —contestó Reffert cínicamente.

—Pero, no entiendo… Victor, ¿por qué me hipnotizaba este hombre? ¿Por qué me hacía creer que era un vampiro? —gimió la muchacha.

—Es bien sencillo. Quería tenerte sometida por completo a su voluntad. Él descubrió, por medio de Morphann, tu origen. No resulta agradable, pero tampoco tú tienes la culpa de tu nacimiento fuera del matrimonio.

—Sí, creo que comprendo. Era algo que quería ocultar…

—Eso no tiene importancia, por lo menos, para el que ha nacido —dijo Hossuth—. Sin embargo, era otro factor más que estos criminales usaban para sus propósitos.

Leonora se puso una mano en la frente.

—Constantemente me hacían muchas preguntas, él sobre todo —señaló al psiquiatra—. Pero no recuerdo a qué se referían…

—Creen que es algo que te dijo tu madre, siendo tú muy pequeña, y que ahora no puedes recordar, si no es con la hipnosis.

—Pero ¿qué es, Victor? —gritó la muchacha angustiadamente.

—El tesoro del castillo de Zuwalath. —Hossuth se volvió hacia Reffert—. ¿Me equivoco, doctor?

—No, no se equivoca —gruñó hoscamente el aludido.

—Y, hasta ahora, no ha conseguido nada.

—Los recuerdos están escondidos a gran profundidad en su mente. No he conseguido hacerlos emerger a la superficie —admitió Reffert.

—Lo encuentro lógico, doctor.

—¿Por qué? —chilló el psiquiatra.

—Muy probablemente, la condesa no mencionó jamás a su hija el tesoro. Ésta es una de las causas. Y la otra…

—¿La otra?

Era Schuffer el que se inclinaba ávidamente hacia Hossuth, como ansioso de conocer más pronto la respuesta.

—Muy sencillo: no hay tesoro en Zuwalath.

CAPÍTULO XIII

Hubo una profunda pausa de silencio. Reffert y Hans miraban atónitos al joven.

—¡Miente, profesor! —chilló súbitamente el segundo.

Hossuth se encogió de hombros.

—No sé de dónde obtuvieron ustedes las informaciones sobre la existencia de ese tesoro —dijo—. A mí, sin embargo, me ha costado relativamente poco averiguar que, si lo hubo, alguien se lo llevó hace más de veinte años.

Reffert retrocedió un paso.

—¿Quién se lo ha dicho? —gritó descompuestamente.

—Vaya a la aldea. Hable con Hagen, el tabernero. Hable también con el padre Dempfner. Ellos conocen la verdad. Parece que sí, durante la guerra, hubo un cuartel general alemán en el castillo. Es el lugar adecuado para alojamiento de algunos generales y su Estado Mayor. Quizá ellos reunieron el tesoro, pero, en todo caso, lo abandonaron al finalizar la guerra. Tal vez pensaban volver algún día para recobrarlo, pero alguien habló más de la cuenta y un día llegaron fuerzas aliadas para llevarse las joyas y monedas acumuladas en unos cuantos cofres. Ocurrió a poco de acabada la guerra, aunque no puedo precisar exactamente la fecha. Tal vez, incluso, ni siquiera hubo tesoro y lo que se llevaron aquellos camiones fueron documentos que, en aquella época podían tener interés. Por eso resulta completamente lógico que la anterior condesa Leonora no hablase a su hija para nada del tesoro. ¿Por qué mencionarle algo que no existía?

Hans se dio una sonora palmada en la mejilla derecha.

—De modo que hemos estado trabajando para nada —rezongó.

—Asesinando para nada, es lo correcto —puntualizó Hossuth.

—¡Nosotros no hemos asesinado a nadie! ¡Lotte se cayó, puede

creerlo! En cuanto a su esposo, lo mató el diablo del castillo, que también es un vampiro.

—Un diablo con unos gustos más bien raros —comentó el joven mordazmente—. Y aunque no matasen a los esposos Von Rusch, ¿pueden decir lo mismo del conde Morphann, quien ardió bajo la personalidad del doctor Reffert?

—Está bien —rezongó el psiquiatra—. De todos modos, es preciso acabar con este asunto.

—¿Cómo? ¿Es que van a matarnos? —Adivinó Leonora.

Reffert la miró de través.

—Mi querida condesa, después de lo que ya saben usted y su amigo el profesor, dejarles libres sería del género idiota. Morirán, sí, pero de una forma que nadie sabrá realmente lo ocurrido.

—¿Puede indicarnos el procedimiento? —preguntó Hossuth.

—Todavía es pronto —sonrió el psiquiatra—. Aguarden un momento.

Reffert se fue hacia la estatua del diablo situada a la derecha de la chimenea y accionó el mecanismo de apertura. La puerta secreta giró en el acto.

—Pasen ahí —ordenó.

Hossuth y Leonora, con las manos juntas, entraron en la cámara secreta. Reffert trajo a continuación dos sillas. Hans, mientras tanto, vigilaba a la pareja celosamente, sin dejar de apuntarles con la pistola.

Reffert salió una vez más y regresó con un rollo de cuerda, que empleó para atar a los prisioneros. A continuación, encendió las velas de un gran candelabro. De súbito, Hossuth recordó algo.

—Doctor —llamó.

Reffert se volvió.

—Hable, profesor —invitó.

—La araña… Era un animal mecánico…

—Sí. Conseguí rescatarla una vez. Usted la destruyó al segundo intento.

—¿Pretendía atemorizarme?

Reffert sonrió.

—No, sólo quería darle miedo a usted —contestó.

—Sí, me imagino. Era preciso ablandar la mente de Leonora por el terror; incluso haciéndole ver la escena del lanzamiento de un

supuesto cadáver a las aguas del lago. Ese ficticio cadáver era el de Foris, que se prestaba a desempeñar el papel de víctima de un vampiro y que había muerto de… de anemia. ¿Me equivoco?

—Son unas deducciones llenas de lógica, profesor. Yo también me equivoqué con el tesoro, aunque mejor sería decir que el que se equivocó fue quien me dio los informes sobre el mismo y sobre ciertas peculiaridades de Zuwalath.

—¿A qué se refiere, doctor?

—No se preocupe, ya lo sabrán.

Reffert terminó de atar a la pareja. Luego hizo una seña con la mano y Hans le siguió fuera.

Hossuth y la muchacha quedaron a solas.

—Si no hacemos algo, esos tipos nos liquidarán —dijo él.

Leonora le miró implorante.

—No podemos soltarnos —manifestó.

Los ojos de Hossuth recorrieron la estancia. De pronto, divisó, colgadas de la pared, un par de viejas espadas, junto con una lanza y otras armas antiguas que, en tiempos, habrían servido para componer una panoplia. Ahora estaban allí, retiradas como trastos viejos.

Forcejeó con las ligaduras. La cuerda era fuerte y los nudos parecían indestructibles.

* * *

Transcurrió un largo rato. Todos los esfuerzos realizados por ambos jóvenes para soltarse habían resultado estériles.

De pronto, Hossuth concibió la idea de que iban a matarlos por la noche, a fin de arrojar sus cadáveres al lago.

—Leonora —llamó de pronto.

—Dígame, Victor.

—Tengo que presentarle mis excusas. Usted me llamó para ayudarla y lo único que he conseguido ha sido estropearlo todo.

—Oh, por favor, no diga tal cosa. Estuvo a punto de conseguirlo…

—Sí, recorrí todo el camino, pero en los últimos metros me desfondé —comentó él amargamente.

De nuevo sobrevino otra pausa. Hossuth forcejeaba con las cuerdas incesantemente.

—Leonora, ¿cómo se le ocurrió escribirme? —preguntó más tarde.

—Usted ya había tratado de ayudarme en una ocasión. Pensé que no se negaría a hacerlo en Zuwalath. Yo me daba cuenta de que hacían conmigo cosas horribles, pero no podía resistirlo sola. Necesitaba ayuda… y si hubiera llamado a la policía, Reffert habría salido del paso diciendo que curaba a una enferma mental. Con usted sería diferente, como ha sido, en realidad.

—Sí, hasta las inmediaciones de la meta —se lamentó él amargamente—. Usted no conocía esta cámara secreta.

—No. En realidad, había estado muy poco en el castillo, aunque lo había recorrido totalmente una o dos veces. Pero nadie me habló jamás de esta habitación. Ni siquiera del espejo que hay en mi dormitorio.

—Después de los alemanes, los yanquis instalaron aquí, aunque durante corto tiempo, un cuartel general de uno de sus servicios de Información. El espejo servía para ver y oír, sin ser vistos ni oídos, a los presuntos espías o sospechosos, estudiar sus reacciones… En fin, cosas de espionaje.

—Y ellos, es decir, Reffert y los suyos lo ignoraban.

—Todavía lo ignoran —sonrió Hossuth.

El tiempo transcurrió lentamente. Hossuth llegó a descorazonarse.

Todos los esfuerzos realizados habían sido inútiles. Miró a la muchacha y se esforzó por sonreír.

—Leonora, lamento haberla decepcionado —dijo.

Ella meneó la cabeza.

—Ha hecho cuanto pudo. La culpa no es suya —respondió.

—¿Sabe? Me gustaría salir de aquí y estar con usted en otro sitio más agradable. No se ofenda porque trate así a Zuwalath…

—Tampoco ha sido nunca lugar de mi agrado —sonrió Leonora —. Pero ¿qué pasaría si estuviésemos en otro sitio?

—Bien… empezaría a considerar la posibilidad de que una encantadora joven se convirtiese en la señora Hossuth. Por lo menos, lo intentaría.

Ella le miró dulcemente.

—Es probable que consiguiera un éxito rotundo, Victor — respondió.

Aquellas palabras, sorprendentemente, en lugar de alegrar al joven, le enfurecieron, porque se daba cuenta de que la muerte iba a truncar una vida feliz junto a Leonora. Luchó con las cuerdas con toda su alma, pero, una vez más, sus esfuerzos resultaron estériles.

* * *

De repente, se abrió la puerta secreta.

Hossuth calculaba que se había hecho ya de noche. Seguido de su esbirro, Reffert entró en la cámara secreta.

—Es hora ya de que lo sepan —dijo el psiquiatra—. Profesor, ¿recuerda usted la anilla que le prohibí tocase?

—Por supuesto, doctor.

—Bien, cuando los alemanes estuvieron aquí, instalaron un perfecto sistema de seguridad, que incluía la voladura del castillo, en caso de ataque por el enemigo. Fue uno de los secretos mejor guardados, más, incluso, que el tesoro que alguien se llevó desconsideradamente.

—De modo que hay explosivos…

—Varias toneladas, y todas las sustancias químicas susceptibles de violenta deflagración se encuentran en perfecto estado, como igualmente los mecanismos que producirán la explosión. El tiempo puede ser graduado a conveniencia y yo he dispuesto que el mecanismo funcione a los quince minutos de tirar de aquella anilla. Ya estaremos muy lejos del castillo —concluyó.

—¿Cómo sabía usted que…?

—Me lo dijo el mismo que habló del tesoro. Entonces era un joven oficial médico agregado al cuartel general alemán. Pero no fue nunca político y, al acabar la guerra, se desinteresó de todo lo que no fuera la profesión. Sin embargo, éramos bastante amigos y me contó lo que había en Zuwalath. Lástima, hubiera preferido el tesoro a cambio de los explosivos —suspiró el psiquiatra.

—Usted no es tonto —dijo Hossuth cáusticamente.

Reffert sonrió de un modo siniestro. Luego hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Se harán investigaciones y la verdad acabará por salir a la superficie, pero ustedes y los criados habrán perecido en un accidente.

—¿Y usted, doctor? Está muerto…

—Fue un error. Un ladrón entró a robar en mi casa y la prendió fuego —respondió Reffert sin pestañear—. Volveré a tratar a damas ricas y chifladas…

—En lugar de vivir como un rey en la Costa Azul o en Capri, por ejemplo.

Reffert se encogió de hombros.

—He tenido mala suerte, eso es todo —dijo.

Y ya no habló más. Dio media vuelta y se marchó, seguido del impasible Hans.

Hossuth se volvió hacia la muchacha.

—¿Sabías tú algo de los explosivos? —preguntó.

—No, nada, en absoluto…

—Entonces, tenemos que darnos prisa. Nos queda solamente un cuarto de hora de vida.

—Un poco más, profesor —sonó de repente la voz de la doncella.

Hossuth se volvió y lanzó un grito de alegría:

—¡Kira!

En su excitación por considerarse salvado, Hossuth no se percató de la extraña palidez de Kira, acentuada por los largos ropajes negros que vestía. A pesar de todo, sonreía.

—He venido a liberarles, profesor —anunció.

Tenía en la mano un cuchillo muy afilado. Un minuto después, Hossuth se ponía en pie, mientras Kira cortaba las ligaduras que sujetaban a la muchacha.

—Tienes que darte prisa, Kira —dijo Hossuth—. El castillo va a saltar en mil pedazos.

—Lo sé —contestó la doncella, con un tono de voz sorprendentemente tranquilo.

Hossuth corrió hacia la pared y descolgó una de las espadas. Podía servirle como arma defensiva, si los asesinos seguían aún en el castillo.

Leonora se puso en pie.

—Kira, avise a David —indicó.

—Gracias, condesa. David y yo nos quedamos aquí.

Hossuth se volvió, estupefacto, al oír aquellas palabras.

—Zuwalath es nuestra morada desde hace cientos de años —continuó la doncella—. No podemos ir a otra parte…

—Pero el castillo va a saltar por los aires…

—Es hora ya de que nuestra existencia acabe. —Kira sonrió tristemente—. Fui una noche a su habitación. El agua bendita me impidió morderle.

Leonora retrocedió un paso, asustada por aquellas palabras. Hossuth rodeó su cintura con el brazo izquierdo.

—Reffert, o Morphann, tanto da, nos divertía muchísimo con su farsa de convertir a la condesa en un vampiro —dijo Kira—. A veces, sentimos esa tentación, sobre todo David, pero ya…

De pronto, señaló hacia la puerta.

—Váyanse, pronto, no pueden perder mucho tiempo —ordenó.

Había algo en los ojos de Kira que no permitía la réplica. Hossuth accionó el resorte de apertura y la puerta secreta giró sobre sus goznes.

A pesar de todo, trató de realizar el último esfuerzo. Tal vez Kira era sólo una demente, obsesionada por alguna horrible idea que había afectado a su cerebro, pero que podía curarse mediante un tratamiento adecuado.

—Kira, no se abandone…

Ella meneó la cabeza.

—Quedan diez minutos —fue su lacónica respuesta.

Giró sobre sus talones y se deslizó hacia el otro pasadizo. Hossuth reaccionó y tiró de la mano de Leonora.

—Vamos, vamos, aprisa.

De pronto, cuando alcanzaban el salón, oyeron Un chillido agudísimo.

—¡No, no…!

Hossuth se precipitó hacia el vestíbulo. Al llegar allí, presenció una escena horripilante.

Dos hombres luchaban ferozmente. Uno de ellos era Reffert, el psiquiatra. Otro era David, cuya boca, armada con feroces colmillos, buscaba ávidamente la garganta del psiquiatra.

De pronto, los dos hombres rodaron por tierra. La capa les cubrió por entero. Bajo el espeso tejido, se percibían unos movimientos espeluznantes.

Schuffer apareció de pronto. Vio el bulto negro, pero sus ojos se fijaron antes en Hossuth.

Levantó la pistola. Hossuth alargó el brazo y le hizo un corte en

la mano. La pistola cayó al suelo.

El gigantesco individuo lanzó un rugido de cólera. Su herida, sin embargo, no era lo suficientemente grave para impedirle luchar.

Hossuth manejó la espada de nuevo. El acero atravesó el muslo izquierdo de su adversario. Schuffer lanzó un chillido y cayó al suelo, agarrándose la pierna con ambas manos.

—Vamos, Leonora, vamos —gritó Hossuth.

Tiró de la muchacha. Cuando alcanzaban la puerta que conducía al patio encristalado, oyeron un alarido horripilante.

Hossuth se volvió. Haciendo un enorme esfuerzo, Schuffer había conseguido ponerse en pie.

Un horrible monstruo se había enroscado a su cuerpo. Tenía el cuerpo de serpiente, pero su rostro era el de Kira.

Las facciones de Kira, sin embargo, habían sufrido una parcial transformación. Su boca era más grande y había en ella unos colmillos de pavoroso tamaño.

Los colmillos mordieron en la garganta de Schuffer. Se oyó un inhumano gorgoteo.

Schuffer y el monstruo rodaron por tierra. Hossuth, espantado por aquella horrible visión, hizo un esfuerzo y tiró de la mano de Leonora.

Segundos después, se hallaban en el patio. Al consultar la hora, Hossuth se dio cuenta de que ya sólo faltaban cinco minutos para la explosión.

Arrancó resuelto. Los faros del coche iluminaron el túnel de salida. El vehículo partió disparado, con un profundo rugido.

A cierta distancia, ya en seguridad, Hossuth detuvo el vehículo y se apeó. Leonora le imitó.

La silueta del castillo se divisaba sobre las aguas, negra, ominosa, tétrica figura que albergaba en su seno un horror infinito.

De súbito, un enorme chorro de fuego subió a gran altura.

Los muros, las almenas, las torres, incluso colosales bloques de roca todo saltó por los aires, en medio de un relámpago de mil colores, de dimensiones indescriptibles. «Reffert —pensó Hossuth— no había mentido en lo referente a los explosivos».

Luego llegó el trueno de la explosión, apocalíptico, ensordecedor. Mientras, miles y miles de fragmentos del castillo seguían cayendo en el lago, provocando altos chorros de espuma

con sus impactos sobre el agua.

De pronto, Hossuth oyó un golpe en la hierba que había junto a la orilla del camino.

Algo cayó, despidiendo leves destellos. Hossuth sacó la linterna de la guantera y alumbró el objeto. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

Enseñó aquel objeto a Leonora, sosteniéndolo con la palma de la mano. La luz de la lámpara iluminó una piedra de gran tamaño, de color verde purísimo, perfectamente tallada.

—Entonces, la existencia del tesoro no era una leyenda —exclamó la muchacha.

Hossuth asintió, profundamente pensativo.

—Puede que estuviese mejor escondido de lo que todos pensaban —contestó—. Incluso cabe la posibilidad de que su existencia fuese anterior a la estancia dé los alemanes en Zuwalath. Pero una cosa podemos dar por segura.

—¿Sí, Victor?

La piedra saltó en la mano del joven.

—Esto es todo lo que queda del tesoro —dijo—. Y te pertenece, como es lógico.

Leonora guardó silencio unos momentos. Luego alzó sus ojos hacia el rostro del joven.

—No es que quiera halagarte…, pero hay para mí un tesoro mejor —dijo.

Hossuth comprendió y la atrajo tiernamente contra su pecho. Contempló las ruinas del castillo, del que apenas si quedaba rastro.

En el centro del islote rocoso, se divisaba todavía un ligero resplandor rojizo, como si algo siguiera ardiendo. De vez en cuando, el resplandor aumentaba levemente de intensidad. Pero, lentamente, fue perdiendo brillo hasta extinguirse por completo.

—Leonora, ¿lamentas la pérdida de Zuwalath?

—No, en absoluto. Quizá tuviera mucho valor histórico y artístico, pero creo que su final ha sido el mejor que podía tener.

Hossuth asintió. El tiempo pasaría. Era la mejor medicina.

Un día, tal vez, el aspecto del valle cambiaría. Podrían hacerse mejoras en las tierras, suprimir parte de su salvajismo, aclarar el espeso bosque, quitarle aquel tétrico aspecto. Entonces, incluso, podrían edificar una casita de recreo sobre las ruinas del castillo.

Pero eran proyectos a largo plazo. «Ni siquiera era el momento de sugerirlos», pensó.

De pronto, Leonora hizo una pregunta:

—Victor, ¿de veras eran David y Kira irnos vampiros? —preguntó.

Hossuth demoró la respuesta unos segundos. ¿Cómo podía él saber lo que verdaderamente habían sido aquella pareja?

—Quizá —dijo al cabo—. Unos vampiros, unos diablos… Hay cosas sobrenaturales que la razón no alcanza a explicarse. Pero, de todos modos, Kira lo dijo bien claro: era ya hora de acabar una existencia que duraba cientos de años.

—Tal vez se sentía arrepentida de cosas que se vio obligada a hacer —apuntó Leonora.

—Es muy probable. Incluso creo que David la obligaba a ello.

Hossuth recordó la primera vez que había visto a Leonora en Viena. Aquella horrible mancha negra que se deslizaba sobre el asfalto mojado…

—¿Vampiro? ¿Demonio? —Murmuró—. Ya no tiene importancia.

Abrazó a Leonora.

—Ya no hay demonios en el castillo —agregó.

Volvieron al coche. Hossuth suspiró.

—Tendremos que dar muchas explicaciones a la policía —dijo—. Pero todo se aclarará… menos lo que no tiene explicación.

Leonora asintió.

—Tengo ganas de que llegue el día, para encontrarme en un lugar alegre y soleado —dijo.

—Yo también —convino el joven.

—Pero yo lo deseo por un doble motivo: por la luz… y para ver si es cierto que quieres preguntarme si quiero casarme contigo.

—Puedo preguntártelo ahora mismo, querida.

Hossuth se volvió hacia la muchacha. Sentados en el coche, la atrajo hacia sí. Formuló su pregunta, pero sin palabras. Y ella contestó afirmativamente, por el mismo procedimiento.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.